Narrativa

DESDE LA ORILLA

Marhisela
Ron León

COLECCIÓN COLUMNAS
Ciudad Valencia | VOL. 6

COMPLEJO EDITORIAL
BATALLA DE CARABOBO S.A.
G-20011660-9

www.ciudadvalencia.com.ve

Marhisela Ron León

DESDE LA ORILLA

DESDE LA ORILLA

Marhisela Ron León

Colección Columnas Ciudad Valencia

Primera Edición: 2026

Complejo Editorial Batalla de Carabobo S.A

Av. Uslar, entre Av. Lara y Av. Michelena San Blas. Valencia. Edo. Carabobo

G-20011660-9

DIRECTORIO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez, presidenta (e) de la República Bolivariana de Venezuela

Miguel Ángel Pérez Pirela, ministro del Poder Popular para la Comunicación e Información

Luis Salvador Feo La Cruz, presidente del Complejo Editorial Batalla de Carabobo (Cebac)

Diseño de portada y diagramación: Joan Planas Gazui

Edición y revisión: Ramón Enrique Núñez Flautes.

ISBN Colección Columnas Nº: 9789808168006

ISBN Nº: 978-808168068

COMPLEJO EDITORIAL BATALLA DE CARABOBO S.A.

Ciudad VLC

República Bolivariana de Venezuela

Prólogo

Desde la orilla: el cuerpo como primera escritura

Hay libros que se leen y otros que se habitan. “Desde la orilla”, de Marhisela Ron León, más allá de ser una colección de crónicas periodísticas, es un atlas donde el cuerpo —ese territorio disputado— se convierte en espacio a explorar, nombrar y defender sin tregua.

La autora es poeta, y eso se nota en la precisión con que cada palabra elige su lugar. Ella ha estado desde sus comienzos en la vertiente del propio decir y ahora se mantiene en este ejercicio como columnista en Ciudad Valencia.

Es evidente que el poeta experimentado se prueba en su prosa; Marhisela deviene en una escritura eficaz, hermosa, no sólo como articulista; ensayo, crítica y narrativa son géneros que se comunican entre ellos en esta escritura que asume la urgencia y los recursos necesarios para enfrentarla.

No hay concesión. Hay una mirada femenina que sabe detenerse en lo mínimo: la liga de cabello que ajusta un botón del jean durante el embarazo, el pan campesino caliente sobre las piernas en el autobús, la H intercalada de un nombre que el sistema insiste en mutilar. Lo pequeño adquiere en su escritura la densidad esencial.

Desde la orilla es también un ejercicio de lectura encarnada. Marhisela lee y se lee en Sol Linares, Laura Antillano,

Teresa de la Parra, Ida Gramcko —esa otra poeta de Puerto Cabello— y nos devuelve una conversación entre mujeres que logran el parentesco de la poesía.

Hay valentía en estas crónicas. La misma que se necesita para contar el intento de violación, el miedo que no se va, los abusos que conocen las amigas. Pero también la que se requiere para escribir, sin pudor ni aspavientos, sobre el placer y el deseo que no pide permiso, sobre el cuerpo que goza como acto de resistencia. Porque nombrar lo que se calla es ya una forma de liberación.

La orilla de este libro es muchas orillas: la de Puerto Cabello, con sus caminatas de cinco kilómetros y sus charcos después de la lluvia; la del cuerpo que sangra, que envejece, que recuerda la violencia de unas pinzas de fórceps; la de la escritura, lugar donde se permite decirse y decirnos lo que el decoro mandaría a callar.

Desde la orilla no consuela ni redime, pero sostiene la armazón del alma. En sus páginas, la palabra se vuelve refugio para quien escribe y para quien lee. Tal como enseña la gran literatura, nombrar la experiencia es ya una forma de habitarla y una forma de sobrevivir.

Bienvenidos a esta orilla. El mar a veces está agitado, pero la aventura del viaje, la inmersión lectora, vale la pena por el viaje mismo.

Luis Alberto Angulo (Año del Caballo de Fuego)

Desde la orilla

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: SOL LINARES

No he leído este libro. Me lo he comido lentamente, tomate a tomate. Los seis, sin apuros, sin gula. Con recelo de que se termine. Amo la sensación que desata este libro en mí, una especie de medicamento o un beso con lengua delicioso que quieres volver a probar por lo que genera, lo deseas. Es el libro que me hace hervir. Siento la necesidad de resguardar, no dejar ver nada sobre él. Es muy valioso, me nace la pulsión de resguardarlo para mí.

He sido como Octavia, la protagonista. Octavia Fernández «Tavita» y el barranco que la acompaña, un divorcio. La Ex: *Excasada, examada, exfoliada, exfeliz, exlubricada.* Lamentando la novela que no podré escribir, he sido Claudia con algún ataque de pánico en mi historial y un diario que no sé a quién voy a dejar cuando me muera. Escogemos el mismo lado de la ventana del autobús. He sido Babela, la madre adolescente que alguna vez tuvo mi madre. Ahora soy la huérfana, igual que Babela. He sido doña María Mele, refunfuñando porque nadie ha probado alguna de mis comidas y se enfrían. La madre, la que lavó las camisas de un hombre y sirvió su comida, fregó pisos, ordenaba closets.

He sido todas esas mujeres que suben al árbol de níspero sin pantaletas. Las observo desde un balcón que instalé en mi

imaginario, sigo cada detalle. Desde el Hotel Vedaluz, percibo el olor del cigarro, sus conversaciones, lloré a Minué. He querido estrangular a Katrine.

La primera vez que leí el título de *«Percusión y tomate»,* como una novela de Sol Linares, fue por referencia de José Carlos de Nóbrega. No había tenido la oportunidad de leer. Leí *Canción de la aguja* y *La silla cruza las piernas*, compartida por este escritor amigo.

Pero siempre tuve esa espinita, por no leer esa primera y tan comentada novela. Confieso sentí frustración porque ansiaba leerla. A cuanta librería iba siempre preguntaba. En una entrevista que le hicieron en Chile a Sol mencionaron la novela, sentí más frustración, por no decirles otra palabra. Me cuestionaba a mí misma por no conseguirla. Como si fuera mi culpa.

En diciembre de 2024, en Caracas, en el mismo lugar donde se realizó un recital con facilitadores de la Escuela Nacional de Poesía "Juan Calzadilla", había una librería pequeña, no lo dudé, me fui hacia los estantes para ver qué encontraba. Me subí a una escalera pegada al estante, después de unos minutos con la cabeza de medio lado leyendo nombres de diversos autores y títulos se me presenta el libro. Cómo no lo imaginé, ahí estaba, diminuto de tamaño, sí, *Percusión y tomate*, no lo podía creer, recordé a José Carlos, fue como conseguir un medicamento escaso, no pensaba en él, pero lo encontré y también *«La silla cruza las piernas»*.

Estaba claro. No había que pensar. Compré los dos. Todo el esfuerzo había valido porque esos dos libros estaban ya en mis manos. Regresé a Puerto Cabello feliz. Me acompañó en salas de espera, en muchos autobuses, en alguna tarde sin electricidad.

No he leído este libro, me lo he comido, vuelvo y reitero.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: HAN KANG

El 10 de octubre del 2024 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura a la escritora surcoreana Han Kang, de 54 años, por su «intensa prosa que confronta traumas históricos y expone la fragilidad de la vida humana».

Es la primera mujer surcoreana y asiática en obtener este galardón.

En enero leí *La Vegetariana*, novela publicada en el 2007 en su idioma original, en el 2017 se realizó la traducción al español. Esta es la obra más conocida de esta autora. Suma seis obras en total publicadas.

La Vegetariana es una novela en forma de tríptico. Narra la historia de una mujer que deja de comer carne, retrata la sociedad coreana, es original, descarnada y perturbadora. La primera parte es narrada en primera persona por el esposo de la protagonista, una mujer obediente que para él es casi nada, sin llamar la atención, una sombra, no hace ruido, no se queja, es prescindible totalmente. También habla de sí mismo con desprecio, muestra que ella es peor que él y eso hace que no tenga que esforzarse.

Una mujer completamente anodina, parece que la autora usa como técnica reducir al máximo este personaje principal. Lo que me eclipsa de este capítulo es que a Younhye le incomoda usar

brasier y a su esposo le molesta tanto esto, ver sus pezones a través de la ropa. De una persona tan discreta, esto impresiona, puede asumirse como una especie de grito, de rebeldía. El esposo es un ser detestable. Esta primera parte es un poco lenta, hay que tener paciencia.

La segunda parte es narrada en tercera persona por su cuñado. Este es artista. Me resulta curioso que no sea otro el oficio. Percibe a su cuñada más natural, en comparación con su esposa. Se convierte en su objeto fetiche por una mancha que tiene desde el nacimiento. Encuentra en ella un tipo de belleza distinta, esta parte comprende imágenes eróticas y a la vez violentas. Ambos personajes parecen obsesionados por cosas parecidas, los pájaros y los árboles. Este cuñado, sin duda, usa a Younghye para materializar su obra.

La tercera parte es narrada también en tercera persona, pero esta vez por la hermana mayor de Younghye. «Los Árboles en llamas» intuyo que son las dos hermanas. Imágenes nítidas de un bosque y un hospital psiquiátrico. Esto me hace preguntarme otra vez: ¿quién cuida al cuidador?, nos enfocamos casi siempre en un personaje principal, pero creo que es importante destacar el rol de la hermana mayor en esta historia. Siempre ha brindado el cuidado, desde niña cuidaba a su papá, ese papá violento; cuidó de su esposo, un hombre ensimismado en una vida artística, mientras su

esposa se encargaba por completo de todos los gastos. Ha cuidado de su hermana menor y ahora tiene un hijo a quien también debe cuidar.

Hay una escena donde se aparta de los rieles del tren para evitar caer en la tentación, confiesa también que ella «nunca ha vivido». Es importante destacar que los otros familiares de Younghye desaparecen; muestra una normalización, una mujer colapsada, el sacrificio y el romance en los cuidados que, en su mayoría, quienes los proporcionan son mujeres.

A Younghye solo se le escucha a través de sus pesadillas, una mujer que deja de comer por completo, percibido esto como una autodestrucción. Han Kang nos muestra relaciones sociales marcadas por la violencia, falta de empatía, rechazo e incomprensión. La escena de ambas hermanas en la ambulancia confieso se me hizo tan familiar, no estoy segura si realmente iban camino a la transformación o, en otras palabras, al matadero.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: LAURA ANTILLANO

Cuando me fascina un cuento o un libro, lo recomiendo con cierto recelo, quizás temiendo que a la otra persona no le entusiasme tanto como a mí y eso apague el fervor con el que intento contagiarle las ganas de leerlo. A veces me descubro convertida en una evangelizadora literaria. Esto me ocurrió con el cuento de Laura Antillano *La luna no es pan de horno.*

Es fácil identificarse al leer a una hija hablando de su madre, tal vez porque muchas, en algún momento, hemos hecho algo similar, ya sea como un ejercicio de empatía, como un intento por aplacar la tristeza o simplemente para buscar consuelo.

Esta es la búsqueda de la protagonista de *La luna no es pan de horno,* cuento ganador del XXXIII Concurso de Cuentos del diario El Nacional (1977), con lo cual Laura Antillano se convirtió en la primera mujer en recibir este prestigioso galardón.

Es una historia narrada en primera persona por una mujer que, al comenzar el relato, parece reprochar a otra. A medida que avanza, descubrimos a una hija que rememora a su madre y le confiesa lo difícil que es lidiar con su ausencia.

Descubrí este cuento en una biblioteca; allí me permitieron acceder y llevarme el libro donde estaba incluido. Antes de leerlo, conocía a Laura Antillano a través del espacio *La*

Letra Voladora en un periódico regional. Siempre la imaginé inaccesible, hasta que leí este cuento. Entonces, Laura se convirtió en mi hermana; somos hijas de la misma ausencia.

La luna no es pan de horno explora la profunda relación entre una madre y una hija, evocando momentos de infancia y los detalles de la vida de la madre que crean un mundo vibrante y pleno. A lo largo del relato, la narradora comprende que, aunque su madre ya no está, su influencia persiste en cada rincón de su vida: desde pequeños gestos hasta decisiones cotidianas:

Entonces, cuando llegaba la noche, yo la estaba esperando, esperaba esa hora precisa en que todos dormían, porque necesitaba volver a vivir la noción del silencio, olvidar el bullicio de las horas del día, el televisor, las discusiones, el acelere, las órdenes horarias, y me sentaba en medio del blanco silencio, en la mesa del comedor, con una cajetilla de cigarrillos y la caja de fósforos, y me fumaba uno y después otro, sin pensar en nada en especial, sólo en la tranquilidad de ese silencio. Fue una noche de ésas cuando descubrí que usted estaba allí, estaba dentro de mí, era yo misma, ¿comprende? Puedo entonces determinar con certeza el origen de esas largas noches de insomnio suyas, puedo palparlas, conocer su forma y su textura.

Mirar a su alrededor, en la ausencia de su madre, desde el asombro, con un dolor que a veces no podemos entender. Cala

hondo en lo que siente por dentro: lo que la separará por siempre de su madre, que sólo parece hacerse más y más profundo.

En unas horas, en un puñadito chiquito de horas, quieren enseñarnos, de una vez por todas, que «La luna no es pan-de-horno». ¿Se imagina, Señora mía? Es el desgarre total, es que lo agarren a uno y le den palo y palo, es como si lo rasgaran con una hojilla desde el centro mismo de la cabeza, es como si de pronto la ciudad se vaciara y no te quedara ni un alma conocida. Es el vacío. El silencio infinito y blanco. Es como quedarse mudo y tragarse el grito.

Es un relato que ha sido un espejo para mí. Su conmovedora exploración de la memoria y el amor me han permitido identificarme con la angustia y el ahogo de la narradora. Muchos hemos sentido esos abismos emocionales en algún momento. Para quien se atreva a leer esta historia, puede llegar a ser como una Espada de Damocles, cargada de reflexiones y emociones profundas.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: TERESA DE LA PARRA

Pero si solamente compré un libro, uno, uno solo. Perdí un autobús por esperarlo, casi se lo arranco de las manos. Una hoja de cuaderno que doblé como un acordeón, donde estaba escrita la lista del supermercado, la convierto en veinte pedazos o más para marcar las veinte partes o más que componen este libro.

Si quieren vacaciones de verdad, es decir, irse lejos, olvidarse un rato de ustedes mismos, volver a quedarse un poco más en la intimidad de esta novela, que se ha convertido en una torta de triple chocolate preferida que no quería que se terminara nunca, llena de dulzores y pellizcos electrizantes, coloquen la novela "Ifigenia" sobre sus manos tal como si fuese la Biblia.

Leo este libro en los autobuses, que son como una especie de safari en el Caribe, aunque en algunos trayectos no aparecen animales. Subo a un autobús Encava que lleva escrito en la parte de atrás «Tu envidia me fortalece», con una salsa erótica a todo volumen. Estoy del lado de la ventana, a mi derecha se sienta un señor sacando cuentas con unos bolívares en las manos. Mienta la madre, se arrepiente de pagar con dólares. Yo saco el libro, tengo buena luz.

Yo no quiero fingir ser buena. No quiero fingir que leo. Leer no merece la mentira, ni el sudor que viene con ella. Yo leo este libro dos veces, leo a Teresa de la Parra y leo a María Eugenia Alonso.

Mi compañero de ruta Valencia-Puerto Cabello, un tipo de contextura delgada, con un tatuaje en el dedo pulgar de la mano derecha, me recuerda a Popeye. Abre con exageración las piernas al sentarse; yo comienzo a sentirme arrinconada. Abre el morral y estornuda; esta acción se repite unas cinco veces. Pensé en que dejé olvidado el tapabocas. Leo.

Tararea la canción «Devórame otra vez, devórame otra vez», muy mal, inventa otra letra. La abuelita le dice a María Eugenia que no se casará con nadie por pobre. Voy disfrutando el trozo de torta con cada párrafo.

El señor, en su teléfono, escucha una mezcla; sí, la coloca en su oído derecho, que da hacia mi oído izquierdo. La salsa erótica, los estornudos, las piernas muy abiertas, la mezcla de música. Se mueve. Aprovecho para abrir yo un poco más las piernas.

Leo, subrayo: «Es el humillante emblema de sumisión y esclavitud en que, como dice tío Pancho, suelen vivir todas las mujeres honradas después de casarse».

Estornuda nuevamente mi compañero, con la nariz metida en su morral. Abro un poco más las piernas según el espacio que me corresponde en el asiento. Pienso que leer se ha hecho peligroso, pero no para quien lee.

Leer “Ifigenia” no es solo recorrer sus páginas, sino dejarse invadir por la lucha silenciosa de María Eugenia Alonso. En su transitar por la sociedad caraqueña de principios del siglo XX, su resistencia se vuelve un eco dentro de mí,

dentro de cada lectora que alguna vez sintió que su espacio, su libertad, se reducía. Con cada párrafo, me apropio un poco más del libro, como si la historia fuera también mía. Y en los autobuses ruidosos, entre estornudos y música estridente, leo y me reafirmo. Porque leer no merece fingimiento. Leer es peligroso, sí, pero solo para quien teme despertar.

En "Ifigenia" se cuenta la historia de una joven de dieciocho a veinte años que regresa de París después de la muerte de su padre. Es una novela epistolar, donde ocurre el sacrificio femenino en el contexto histórico en que se desarrolla, pero no de forma explícita, sino como un proceso psicológico y social que reduce de forma progresiva el espacio de la protagonista.

La ilusión de la libertad que tiene al inicio, su educación en París, su pensamiento independiente, se van desmoronando conforme la realidad criolla la alcanza y la somete a sus expectativas: matrimonio, obediencia, renuncia.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: LA CASA

LA CASA COMO REFUGIO DE LA MEMORIA

Me pasa la mamá de mis hermanas, por mensaje en Instagram, un vídeo de diez segundos. El de la casa que alquiló mi papá y donde se vivieron tantas historias hasta 1993. Me pasaron miles de imágenes las veces que repetí el vídeo. La nostalgia, lo vivido, las risas, el dolor, los amigos, la familia, los que ya no están, los que quedan. No es tan solo una casa.

Entre la calle Anzoátegui y la calle Ustáriz, una casa fue más que un espacio físico. Fue un escenario donde la infancia se desplegó, un refugio de sueños y recuerdos. Gastón Bachelard afirma: «Todo espacio verdaderamente habitado lleva la esencia de la noción de hogar», y esta casa, con su cocina oscura y su comedor de pantry, sus escaleras, su terraza llena de hojas de mango, es la prueba de ello.

El cuarto del medio no era solo un sitio para dormir, sino un universo propio, lleno de pequeños ritos cotidianos. El respiradero del baño. La nevera con escarcha, los bollitos con queso y margarina, el sonido del heladero en la calle: cada imagen se arraigó en la memoria como una forma de pertenencia. Bachelard nos recuerda: «La casa natal es más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueño». En esta casa, los objetos y los rincones formaban

un lenguaje íntimo, una geografía afectiva que aún hoy habita el pensamiento.

LOS OBJETOS COMO GUARDIANES DEL TIEMPO

Los objetos en la casa no solo cumplían funciones prácticas, sino que eran testigos de la vida que transcurría entre sus paredes. La máquina de escribir en la sala, el teléfono de disco, los afiches de Snoopy en el cuarto de mis hermanas, la peinadora y su gaveta macabra: cada uno conservaba una historia. Bachelard señala: «Una casa constituye un cuerpo de imágenes que le dan a la humanidad pruebas o ilusiones de estabilidad». Estos objetos eran anclas en el tiempo, símbolos de una rutina que ofrecía seguridad.

LOS SONIDOS QUE CONSTRUYEN LA MEMORIA

El eco de las alohas al bajar las escaleras, el ruido del taller y los trabajadores reunidos en el sindicato, los peruanos y su torno, el sonido de la pulidora que pasaban mis hermanas sobre el piso de granito, con música de fondo. El saludo de Linda, la periquita. La casa estaba llena de sonidos que marcaban el ritmo de los días. Para Bachelard, el espacio habitado no es solo visual, sino sonoro, táctil, olfativo. La música de los fines de semana, las cucharas quemadas cuando Dalila y yo hicimos caramelo, los autobuses que pasaban por la calle Anzoátegui: cada sonido tejía la atmósfera de ese hogar.

LA CASA COMO ESCENARIO DE LA VIDA

La casa no era un espacio inmóvil, sino el escenario donde la familia creció, celebró, sufrió. La novela «El desprecio», vista en

familia en el televisor montado en la lavadora, el matrimonio de Thairí, sus cinturones y pulseras, el nacimiento de María José, las visitas de la abuela Praxedes y sus nietos. La noticia de la muerte de Berenice. La "permanente" de Yanhiré. Los amigos que se hicieron familia: Freddy Bermúdez, Schneider Guevara, Oswaldo García; las muchachas de «el frente». Cada acontecimiento dejó su huella, cada evento se imprimió en los muros de la casa como si fueran páginas de un libro.

Bachelard nos recuerda que la casa no solo protege el cuerpo, sino que sostiene el alma. Es ahí donde se aprenden los pequeños rituales que estructuran la vida: aprendí las capitales de los estados en vacaciones, Thairí me limpiaba los oídos con hisopos y, después de arreglarme, la onomatopeya «fui fuiuuu»; dormir juntos en la sala donde estaba el aire acondicionado. En cada uno de estos momentos se encuentra la verdadera esencia del hogar.

EL HOGAR COMO UN ESPACIO DE TRANSFORMACIÓN

Con el paso del tiempo, la casa se convierte en un recuerdo, pero no deja de existir. El botón de seguro de la puerta principal. Las escaleras. Los nísperos. El baño que está en el patio. Un novio de mi hermana mayor me subió cargada mientras me hacía la dormida. La vez que jugando con Dalila en las escaleras me quedé sin aire. La señora Toñita, delgada y de cabello corto, con vestidos floreados y sus catálogos de Avon. Caminar disfrazada de hawaiana por la calle Ustáriz hacia el malecón, las comparsas. Para Bachelard: «La casa es un poder de integración para los pensamientos, recuerdos y

sueños de la humanidad». Aunque la casa ya no sea habitada, sigue siendo un refugio en la memoria, un espacio que ha moldeado la percepción del mundo.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: LOS DIABLOS DE IDA GRAMCKO

Algunas veces, el lenguaje poético se pierde entre lo decorativo, los "likes" o lo viral. Este no es el caso del poema "Diablos", de Ida Gramcko, se alza como una chispa brillante en nuestra conciencia: desgarrador, intenso y revelador.

En su obra *Poemas de una psicótica* (1964), poemario que tuve la fortuna de encontrar en la *web* en octubre de 2023, viví mi primer acercamiento a esta escritora paisana, nacida en Puerto Cabello, quien ocupa el altar de *Mis Diosas Amadas de la literatura venezolana.* Es una de las voces más importantes de la literatura en nuestro país y en Latinoamérica.

Gramcko, con este libro, va más allá del sufrimiento mental, transformándolo en una experiencia mística y en materia poética. Ofrece una lectura apasionante y clara sobre la alquimia verbal que ella practica: una voz que sobrevive al abismo y lo convierte en arte. Los invito a adentrarse en ese universo oscuro y cautivador, donde los demonios no son enemigos, sino presencias que demandan pan y palabra.

Ida crea una serie de figuras demoníacas que exploran desde el erotismo agresivo hasta la invasión mental, cada una con su propio color, significado y forma de interactuar con el cuerpo femenino. Su poesía es directa, simbólica y honesta. Cada uno tiene un color, un vegetal, un metal, un animal y un comportamiento distinto.

Gramcko escribe este poema después de su crisis psicótica. Está escrito en prosa; es caudaloso, horizontal. Parece estar observando de forma cruda y nombrando aquello que a veces se quiere ignorar.

En primer lugar, nos encontramos con el Diablo gris: representación del miedo. Se presenta "espatarrado", confeccionado con humo, con pelos de niebla, cuernos opacos y ojos de color púrpura. Su presencia no se comunica: envuelve, domina y cambia. La narradora siente que ya es suya, y lo que inicialmente genera miedo se transforma en algo más brutal que el silencio: una combinación de miedo y fatalismo. El diablo no proviene de fuera; es lo que portamos en nuestro interior, lo que no escapa y lo que nos daña. Es un ser que no se puede describir: habita. Con este diablo, el terror, como el amor, se anuncia como vértigo. Solo que el amor asusta como el acantilado o el océano.

Entonces has de recibirlo, y acaso darle de tu pan, porque ya se ha adueñado de ti misma, y tú sientes por él algo más crudo que el silencio: el miedo.

Sigue el Diablo verde: el deseo sin vínculo.
Se asocia con la corrupción. Es un erotismo grotesco donde el cuerpo es invadido por algo que infecta; simboliza el deseo sin afecto, convertido en parasitismo. Representa el desprendimiento ante lo amado.

Pues la verdadera alegría es para los que dicen: «Yo dejo esto, lo abandono, pues será más hermoso sin mí».

Llega el Diablo rojo: no ama, posee.
Representa el exceso destructivo, no el amor. Es posesivo y humillante, como un fuego que anula a la persona. Ante el engaño y la desesperación que simboliza este diablo, Ida resalta una certeza:

Los sollozos se pierden como el odio. Una cosa he sabido desde hace mucho tiempo: que no hay un paliativo en el sollozo, que nadie florece tras las lágrimas.

Nos muestra el Diablo azul: la belleza sin afecto.
Es Luzbel, representa el orgullo estético. Su brillo deslumbra, pero cansa, mostrando una belleza superficial. Ante un diablo que no acepta el amor:

Queda siempre el amor, como un milagro, aunque lo amado ya no esté…
Cuando se ama, ya no se reconocen los rebeldes.

Se presenta el Diablo negro: continuo desasosiego

Es un diablo pasivo que se adhiere, representa la angustia constante. Es una sombra persistente. En el momento más oscuro, de angustia y tristeza, Gramcko recuerda la luz:

...aparecieron las estrellas. Entonces, yo recordé la luz.

Sigue el Diablo amarillo: una claridad que enferma.
Se transforma de ofrenda solar en algo repugnante, un diablo que abruma y enferma, convirtiendo la luz en ruido. Ante el odio, Ida escribe:

Cuando el fuego amoroso se propaga, el crocante espesor de los ojos fulge y desaparece. Mas no importa estar ciego cuando se ama. Sólo importaría perder la voz, porque el amante debe encontrar la oscuridad.

Cierra con el Diablo marrón: el deseo disfrazado.
Ve sexo en todo, representando una invasión sutil que se normaliza; un vínculo tóxico que deja de doler. Ante la indiferencia y el engaño, Ida nos advierte que el amor va más allá de los límites físicos:

Sólo pensé en la piel. Me crecía. Era una vestimenta que yo no conocía, pues para amar de veras, la piel es como el muro que nos turba, impidiendo que lo más verdadero, lo más reservado, lo más hondo y secreto del amor se extienda como aroma o como hálito.

El amor es más olor que pétalos.

Lo más profundo no siempre se toca.
Gramcko busca la comprensión, no la exageración. Sus diablos son experiencias emocionales filtradas por el cuerpo, y cada color es un estado. La voz poética observa, duda y resiste.

El cuerpo femenino es un espacio para reflexionar sobre el dolor, el erotismo, el poder y la nostalgia. *Diablos* invita a la comprensión y resuena en lo interno; deja una huella duradera.

De estos siete diablos de mi diosa amada, ¿cuál habita en ti?

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: ARNALDO JIMÉNEZ

En 2003 o 2004, mi madre, Emperatriz León, regresaba del centro con un papelito que traía como bandera: el teléfono para un taller de poesía en el Ateneo de Puerto Cabello, dictado por Arnaldo Jiménez. Ella, mujer con carnet de biblioteca, fue el puente. Sin ese gesto, yo no habría sabido quién era Arnaldo.

Me inscribí dos veces. La primera y la segunda era yo misma. No supe si el taller se hizo. Pasaron los años y terminé teniendo hacia Arnaldo una "arrecherita", hasta que leí Cáliz de intemperie. Allí entendí que me tocaba aprender de él.

Sentí impotencia cuando supe que estaba delicado de salud, justo el día que yo visitaba a José Carlos de Nóbrega. Creí que no llegaría a conocerlo. Pero en diciembre de 2024 lo conocí en Caracas y en mayo de 2025 fui moderadora en la presentación de su novela: Deshabitados. Ese día recibí el ejemplar de sus manos.

Leer este libro fue como si la tierra se metiera en mi cuarto. Esta novela no se queda en el papel. Se te instala en la carne. La historia arranca un martes de carnaval con el Baile de La Hamaca en San Millán, pero tras el alboroto, Arnaldo despliega un mapa de la caída dividido en tres partes: Ataduras de Carnaval, El soplo de las lámparas y Rituales con el ocaso.

Jiménez escribió esta novela en un mes y medio de trance, en San Esteban, a mano, a lápiz, en una libreta gruesa, durante

jornadas intensas, entre la precariedad y el calor, con más de sesenta personajes que yo fui anotando, mientras leía, en facturas de supermercado para usarlas de marcalibros. Mientras él habitaba la novela, su hermana Magaly garantizaba la vida: cocinaba, mantenía la casa. Ese silencio de Magaly sostuvo la ficción.

La historia ocurre en Puerto Cabello, mi ciudad. Las plazas Bolívar y Concordia, los semáforos del Seguro Social y las ruinas de la Sociedad Anticancerosa son escenarios de abandono. La mayoría de los "deshabitados" son los que llamamos indigentes. Arnaldo no los pasa por alto: les da nombre y una crudeza que te golpea. Después de leerlo, confieso, cambió la manera en que los miro: ya no veo indigentes, veo deshabitados.

Hubo un momento que me marcó. Estaba leyendo la parte donde el personaje Nolasco Ruiz se derrumba en la calle y Arnaldo escribe:

…la ausencia surgió otra vez desde sus ojos… Nolasco cayó sobre las sombras que otros cuerpos ya habían tendido. Los peatones lo saltaban y a los pocos pasos volteaban a verlo…

Justo al terminar ese párrafo, escuché un golpe seco en el cuarto de al lado. Mi hermana convulsionaba en el piso.

Ahí la novela se volvió carne. Rompió la cuarta pared. Esa «ausencia» que Arnaldo describía en el papel era la misma mirada ida de mi hermana en el piso. El libro me estaba contando lo que yo estaba viviendo en mi propia casa:

un cuerpo reclamado por la enfermedad. La diferencia es que en el libro los personajes saltan al caído para no tocarlo, y yo corrí a acompañarla. Esa escena me devolvió una pregunta: ¿qué hacemos con el cuerpo que cae? En la calle lo saltan. En mi casa lo sostengo.

No hay diferencia entre el cuarto de mi casa y el follaje: son archivos de fragilidad. Es el mismo hilo roto de Mariana Trinidad, a quien picaron en pedazos y dejaron cerca de un río.

Arnaldo no describe la violencia, te la mete en el cuerpo.

Esa violencia viene con la muerte, un viacrucis invisible con el cuerpo de Marna Bórquez atravesando la ciudad. Marna no tenía cédula ni fe de vida, termina bajo la cal que borró el maquillaje. Al enterrarla, Orangel solo pudo sembrar el trébol morado en la dirección de su corazón.

Aquí no hay consuelo. Lo que queda es el aire sin techo, la prueba de que la vida se quiebra en cualquier esquina o en cualquier cuarto. No es metáfora: es la realidad de aquellos que viven sin sostén. El gesto de mi mamá y de Magaly no es un remedio que quita el espanto, es apenas una resistencia mínima. Ellas sostuvieron el mundo un rato para que nosotros pudiéramos escribir o leer, pero ese sostén no borra la realidad, no fueron heroínas, apenas lograron evitar el derrumbe con sus manos.

No hay finales felices al cerrar estas páginas. Lo que queda es la fragilidad sostenida. Arnaldo no adorna la miseria. Su escritura no vino a explicarme el dolor, sino a ponerle un espejo.

La próxima vez que escuche un golpe seco en el cuarto de al lado, sabré que la literatura no ofrece refugio: invita a mirar. La página y el piso son la misma herida. Me queda, apenas, la orden que me da el cuerpo, como siempre, de no saltar sobre el caído.

◆◆◆

NO SOY INTELECTUAL, VENGO A ESCRIBIR DE AMOR: JOSÉ CARLOS DE NÓBREGA

José Carlos de Nóbrega no buscaba estatuas ni aplausos de vitrina. Lo conocí en 2010 mientras yo cargaba mi libro *Íntimo* con el miedo de quien se sabe novata. Él no dio un discurso para expertos. Me llamó «hembra brava» y vio en mi escritura un fuego que yo misma desconocía. Fue él quien me presentó la obra de Sol Linares, abriéndome la puerta a otras voces necesarias. Él no solo leía; él tejía redes de afecto entre nosotros. También fue el responsable de que yo viera El perro andaluz de Buñuel; él aun después de su muerte me sigue enseñando a ver más allá de lo evidente.

Nuestra amistad creció entre conversas sueltas. Una vez, tras compartir ron con mis hermanas, le hablé por WhatsApp de la sororidad. A él esa palabra le hizo ruido. Le conté que uno de los primeros en presentarla fue Miguel de Unamuno y su novela La Tía Tula. A los pocos días, escribió que la tía Tula era el mismo Unamuno y me dedicó ese texto. Así era él: una conversa por teléfono terminaba en un ensayo de fondo.

Su libro Desde la cueva de Platón es un reporte de guerra que no se hizo en un escritorio cómodo, sino en la soledad de su casa o en una cama de hospital en Valencia. En esa cueva, invita a Laura Antillano junto a Cervantes, Clarice Lispector y Reynaldo Pérez Só. No le importan los rangos: usa epígrafes de Richie Ray y Bobby Cruz mientras lleva a Walt Whitman de

paseo por la Casa Pocaterra. En sus textos también denuncia a aquellos intelectuales que le ponen precio a su pensamiento: «Y que se enculille la intelectualidad tarifada y el funcionarismo cultural parasitario, pues toda distopía lleva consigo una utopía de lo más placentera».

Como enfermera, me conmueve leer cómo describe su propio deterioro. Llama a su cuerpo trapo viejo o pobre estropajo. Describe su fallo renal y esa depresión endurecida que llega cuando la salud se quiebra. En la sala de diálisis, él ve un rito sagrado. Habla de un «río de sangre compulsiva» que corre por las máquinas para limpiar el dolor. "Somos ese río de sangre porfiado en llevarle la contraria a la muerte", escribió con una lucidez que asusta. Me recuerda a una frase que escuché de Arnaldo Jiménez: «Escribir para distraer a la muerte».

El libro es también una carta de amor a Yudy (su segunda esposa), la música no es de quien la compone sino de quien la necesita", eso afirmaba José Carlos, y él la necesitaba para que la muerte no le pisara los talones. José Carlos escribe desde la orilla de su viudez, sintiéndose un viudo ante el altar tras perderla en plena pandemia. Mira fotos viejas de los años setenta y le habla con una ternura que quema.

En 2022, junto a Vanileiby Rivas, asistimos a la presentación de su libro Crónicas compulsivas, ganador del V Bienal Nacional de Literatura 2021 Antonio Crespo Meléndez. Un día antes nos dijo que no asistiría y nosotras terminamos chantajeándolo para que sí lo hiciera. No teníamos un medio en el

bolsillo, completamos cada una para el pasaje, yo cuadré con quien dejar al cuidado de mis hijos para poder acompañarlo.

De regreso, montadas en un autobús hacia Puerto Cabello en puente Bárbula, un vendedor nos llamó «Chiqui Luckys» por vernos elegantes, pero porque no le compramos. Nos dio risa porque era la verdad de nuestras vidas, no teníamos dinero. Así es este libro: tiene la elegancia del espíritu, pero lleva el barro de la calle, el olor a hospital en los zapatos y a colillas de cigarro en un rincón.

No busqué aquí a un sabio en una torre de marfil. Busqué a mi hermano mayor de la palabra que peleó contra su propia sombra hasta el final. No hace falta ser un erudito para leerlo. Solo hace falta tener sangre en las venas y saber que el afecto es lo único que nos salva del olvido.

José Carlos me deja este mapa de su sangre para que no me pierda en la oscuridad. Su palabra no es una sombra, es el fuego que calienta y me invita a escribir.

◆◆◆

CAMINAR DESNUDA

¿Por qué los cuerpos femeninos están tan arraigados a los accesorios? ¿En qué momento se hizo sinónimo de feminidad o decoro? Estas no fueron preguntas que me surgieron durante una conversación académica ni mientras leía un tratado sociológico.

Hay mañanas en las que salgo de casa y, sin quererlo, mi mente inicia un inventario silencioso. El orden que a veces no se ve, pero se siente: ¿Llevo la ropa como se debe? ¿Alguna media o pantaleta asoma su desgano por una costura rota? ¿Me puse desodorante? ¿Me cepillé los dientes o fue solo el impulso automático de la rutina?

Ese desfile mental no ocurre antes de salir. No. Suele aparecer cuando ya estoy caminando, cuando el apuro me envuelve y el cuerpo se mueve, pero la conciencia escarba.

Hoy, por ejemplo, salí a caminar pasadas las seis y media de la mañana. Cuarenta y cinco minutos de tránsito entre pasos, árboles que se muestran imponentes y charcos típicos de la resaca que dejan estos días lluviosos. Puse el cronómetro en cero y me lancé. Es una rutina que requiere mi cuerpo y mi mente.

Esta vez pasaron cinco minutos. No como siempre. Llegó la revisión. Y ahí lo descubrí: los zarcillos. No están. No están en mis orejas, ni siquiera olvidados en algún bolsillo. Coño, sí. Me lavé el cabello anoche. Corté las puntas, como quien poda

recuerdos viejos y se libera de alguna carga. Para eso, me quité las argollas. Y no las volví a poner.

Yo, esta mañana, también lo pensé. Volver a casa, buscar los míos. Pero no lo hice. Me detuve, respiré, y me dije —como el actor español José Mota—: "¿Y si sí?". ¿Y si sí sigo caminando así, con los lóbulos al aire y el recuerdo de las argollas como única compañía?

El cuerpo aprende a moldearse según el entorno, a repetir rituales como quien hereda gestos de una generación que los aprendió sin preguntarse por qué. Desde niña escuché que andar sin zarcillos era andar desnuda. No literal, no física: desnuda de decoro, de feminidad, de presencia. Esa idea se enredó en mí como un hilo invisible.

A una gran mayoría de las niñas recién nacidas una de las cosas que se le hace es perforarle las orejas para el uso de zarcillos.

Recuerdo una vez, hace años, que una madre de mi familia le pidió a su hija que la acompañara a comprar algo. La adolescente se negó a bajar del carro: no tenía zarcillos. Y eso bastaba para sentirse incompleta.

Seguí. Porque, a veces, olvidarse de algo también es una forma de recordar quién se es sin adornos. Sin embargo, no paraba de pensar que los que me daban los buenos días, los que también van caminando, se iban a dar cuenta de que caminaba desnuda: DES-NU-DA.

Entonces pensé en mi abuela, en mis hermanas, en mi mamá, en todas las mujeres a quienes escuché que sin zarcillos no se sale.

Que eso es como andar sin respeto por una misma, como dejar una parte importante tirada en la mesa de noche. Esas ideas no se gritan, pero sí pesan. Se meten bajo la piel, se convierten en revisiones automáticas mientras camino.

Vi mi reflejo en un charco. Difuso, sí. Pero estaba ahí. Cabello semi recogido, cara sin maquillaje, y dos lóbulos libres que me incomodaban. Le metí más velocidad a cada paso. Las mujeres que cruzaban frente a mí no dijeron nada. No fruncieron el ceño. Me dieron los buenos días, como siempre.

Pensé entonces en una frase de Han Kang: "Tu propio cuerpo es lo único a lo que le puedes hacer daño. Es lo único con lo que puedes hacer lo que quieres. Pero ni eso te dejan hacer". Y sí. Porque hasta los zarcillos tienen historia. Hasta los lóbulos sin argollas tienen un significado heredado. El cuerpo se revela en los detalles.

Hoy no me puse los zarcillos. No por rebeldía. Tampoco por olvido. Fue por costumbre rota. Y, a veces, romper una costumbre es como abrir una ventana: entra aire, entra ruido, pero también entra una. Entera.

◆◆◆

EL PLACER COMO RESISTENCIA: EL CUERPO QUE ESCRIBE NO ES UN CUERPO DISPONIBLE

A lo largo de la historia, la mujer ha estado bajo la lupa. Expresar lo que una desea casi siempre se ha considerado vergonzoso o ridículo. Las normas sociales, avaladas por la fe, nos exigen ser discretas, calladitas y puras. Por eso, estoy segura de que este texto será cuestionado.

Me he tocado desde niña. Recuerdo que mi mamá nos dejaba a mi hermana y a mí mientras salía a hacer alguna diligencia, y en una ocasión —o quizás más— me metía desnuda en un pipote azul lleno de agua que había en el patio. Cerraba los ojos y me acariciaba, sin comprender el significado de ese gesto, pero sí reconocía que me hacía sentir bien. Desde entonces, con o sin pareja, nunca he dejado de hacerlo.

Mi exmarido decía que eso era perjudicial para mi salud. Me daba igual lo que opinara. Cuando tenía la oportunidad, lo hacía. Llegué a sentir culpa; esa culpa aborrecida me perseguía. En mi cama doblo las piernas: la derecha, flexionada, la dejo acostada; y la izquierda, también flexionada, pero levantada. O bajo la regadera.

Durante mis dos embarazos también lo hice. Siempre me masturbo. Es mi espacio de intimidad, de conexión conmigo misma, libre de juicio y censura. Como escribió Audre Lorde: “El erótico es una medida entre los comienzos

de nuestro sentido de nosotras mismas y el caos de nuestros sentimientos más fuertes. Es una sensación interna de satisfacción a la que, una vez que la hemos experimentado, sabemos que podemos aspirar". Honro esa sensación cada vez que cierro los ojos y me permito sentir, me dejo llevar.

Lo hago de forma manual: dedo medio y anular. Sin succionadores ni otros juguetes. No me niego a ellos, pero actualmente no los uso; no tengo. Tuve un vibrador, pero lo deseché. He visto los distintos modelos que venden en una cadena de farmacias. También pueden ser una opción saludable.

No consumo pornografía, me basta con cerrar los ojos y dejar que mi imaginación vuele. Bien señala Lorde: "La pornografía enfatiza la sensación sin sentimiento. El erótico es la afirmación de la fuerza de vida de la mujer». Apuesto por esa fuerza, esa vitalidad, cada vez que me toco.

Casi siempre lo hago antes de dormir; otras veces, cuando tengo dolor de cabeza o me cuesta conciliar el sueño; en ocasiones, cuando siento ansiedad. Después de alcanzar el clímax —ese orgasmo que me acuna, erecta mis pezones, eriza la piel, me exorciza de cargas, me arranca el llanto o la risa—, sudorosa, me relajo y me quedo dormida.

Algunas veces no llego a terminar, porque me quedo dormida. También me ha provocado hacerlo durante la menstruación; mi cuerpo se vuelve más sensible, el deseo se intensifica y, en ocasiones, cedo. Aunque las voces del tabú insistan en condenarme, en afirmar que el cuerpo femenino debe ser pulcro,

silencioso, controlado, yo me permito sentir. Ha sido parte de mi autocuidado.

Al vivir desde dentro, como propone Lorde: "En contacto con el poder de lo erótico dentro de nosotras mismas, y permitiendo que ese poder informe e ilumine nuestras acciones sobre el mundo que nos rodea, comenzamos a ser responsables de nosotras mismas en el sentido más profundo». Hoy soy más consciente de la responsabilidad sobre mi cuerpo, mi deseo, mi placer.

No sé si el placer me salva, pero este cuerpo que habito me pertenece. Y eso, en este mundo, es mi forma de refugio y resistencia. Porque, como nos recuerda Lorde: "Se nos ha enseñado a temer el 'sí' dentro de nosotras mismas, nuestros anhelos más profundos. Pero, una vez reconocidos, aquellos que no enriquecen nuestro futuro pierden su poder y pueden ser alterados". Renuncio al temor.

En nuestra cotidianidad, donde la fe y la misoginia se entrelazan en las conversaciones diarias, acariciarse persiste como acto de rebeldía. Por eso lo practico. Porque mi ser no es posesión ajena. El erotismo, tal como indica Audre Lorde, es fuerza. Y es mi elección manifestarlo. Por eso lo escribo.

◆◆◆

RITUALES MÍNIMOS

Hoy es sábado. Salgo a comprar víveres, también vitamina D, gatarina, afrecho y anís dulce. La lista la hice anoche, especificando cantidades y por secciones: charcutería, carnicería, cosméticos… así, como si escribir "harina de maíz" y debajo "detergente" fuese a alterar el producto escrito.

Me visto con un jeans holgado, una blusa con la frase clásica de un "Yo, un corazón y una taza de café", que a mi hija le gusta, y el reloj de correa negra que me fascina. El cabello, semi recogido, alborotado. En el morral, las bolsas dobladas en triángulo, como aprendí en aquellas vacaciones en El Tigre. También llevo la novela que estoy leyendo. No quiero que se me vaya la vida en tareas ("sisifear", le digo a eso) que no pagan cotizaciones. Leo también para no disolverme.

En el autobús leo. Las facturas sirven de marcalibros. En el reverso, anoto los nombres de los personajes. "Agustín Malapajita" me hace reír. No sé de dónde saca el autor esos nombres. Me gusta, me mantiene entretenida.

Hago las compras respectivas en el supermercado. Voy pesada. Logré comprar todo. Qué raro: esta vez no hubo producto que devolver. La precariedad y sus cruces pesan, cansan. Ordeno las bolsas por tipo de producto. Entro de nuevo: no vi huesitos ahumados, aún no los habían sacado.

Los necesito para las caraotas negras. El menú depende de lo que se alcanza a pagar, no de lo que se desea.

Compro lo demás. Camino cargada. La bolsa plástica transparente se me resbala. Hago seis paradas antes de llegar a la panadería. Pido pan campesino, uno de guayaba, uno de coco. Pregunto si son de hoy. El pan de ayer cuesta igual, pero no sabe igual. Cómo si el tiempo se hubiera disuelto en la masa. Nada más divino que un pan suave, esponjoso.

En el terminal, un chofer me ve pariendo con las bolsas y me ayuda. Me monto. El pan campesino está caliente. Lo coloco sobre mis piernas. Me como pedacitos del de guayaba. El autobús arranca. Estoy sudada, el sol me pega del lado donde estoy sentada.

Va una familia a la playa. Las niñas se marean. Le digo a su madre que las coloque junto a la ventana para que el aire les pegue en la cara. Les dan limón. Las miro: cabellos crespos, pálidas. Me pregunto si también aprenderán a doblar bolsas en triángulo, a leer para no disolverse, a resistir sin que se note.

◆◆◆

CUIDAR SIN DESCANSO NO ES TERNURA, ES DESGASTE

No hay nada más político que una mujer que se niega a callar sobre lo que la agota.

Virginie Despentes

Aclaratoria: *Cuidar a otros sin una red real y tangible también puede hundir.*

Este texto no habla directamente de suicidio, pero sí lo roza con la franqueza de quien ha aguantado demasiado. Hoy, en el Día Mundial para la Prevención del Suicidio, comparto estas líneas que no buscan consuelo ni redención, sino mostrar el agotamiento real, sin rodeos. El hartazgo sin explicaciones.

Es clave leer esto sin invalidar. La mujer que escribe no pide lástima. Escribe para quejarse, para denunciar, para seguir. Porque quien cuida también necesita ser cuidado. Y porque el silencio no puede ser un mandato.

Ella, una mujer, mientras cena, se parte un colmillo. No hay metáfora: hay fractura. No es un símbolo, es un síntoma. De la precariedad, del cansancio. El cuerpo demanda atención. Se desbarata el ritmo; la escritura no escapa del cuerpo, está hecha de él.

El cuerpo se parte: el sostenerse, ser mamá, cuidadora, productiva y, además, mantener su escritura. Piensa en que no tiene harina de maíz, mientras recuerda que debe escribir para la columna. El dinero no alcanza y tampoco hay algo que pueda ofrecer garantía en el futuro.

Hace muy poco, mientras sacaba efectivo, le preguntó al cajero del banco cómo hacía para solicitar una tarjeta de crédito. El cajero, extrañado, le dijo que debía esperar a que el banco se la asignara. Ella piensa: ¿quién reconoce a quien cuida?

La narradora siempre hace listas: de quehaceres diarios, de los pagos fijos del mes, de las vitaminas que debe tomar y no alcanza a completar, de lo que requiere cada uno de sus hijos.

Arranca el monte del patio de su casa. Usa guantes y botas de hule. Sentada en un banquito color naranja, encuentra algún morrocoy miniatura que se protege del sol debajo de una matica. Arranca el monte que puede. Cosecha plátanos y cambures. Tiene pendientes de plomería y albañilería; la casa exige. No hay tregua.

A veces es mamá por WhatsApp, con el celular conectado al cargador; otras, lee cuentos a sus hijos antes de dormir. También es la cuidadora de su hermana con retraso mental. Como advierte Uzuri Castelo Moñux, el mandato de cuidar se sostiene sobre cuerpos vulnerables domesticados por la abnegación.

Ella lo sabe: mientras escribe, contabiliza que, en una hora, su hermana le pide agua 167 veces, golpea la reja de su cuarto 61 veces y la llama 34. La cuidadora asiste y le lleva cinco veces un vaso con agua. Hay noches que no logra dormir porque su hermana la despierta una, dos, tres veces. No se queja. Registra.

Tiene una frase que la acompaña siempre; una especie de mantra del escritor venezolano Caupolicán Ovalles: "Soy capaz de ver cómo al hundirme no me abandonaré jamás». Sin romance: una conciencia feroz del hundimiento que no implica abandono. Esto no quiere decir que no ha tenido alguna de esas ideas o pensamientos: "A nadie le importa si sigo aquí", "Si yo no estoy, todo mejorará", "Ya no puedo más", "Estoy muy cansada".

Lleva varias noches con el sueño interrumpido. La hermana se ríe —una risa psicótica—, la llama y golpea la reja como si la fuera a tumbar. Le envía un audio al psiquiatra para ajustar la dosis de medicamentos.

NO HAY DESCANSO

Camina en las mañanas. Sabe que es una práctica que le hace bien al cuerpo, a la mente. Presta atención: escucha los loros, los pájaros, detalla los árboles, la terquedad —algunas mañanas— de la luna. Registra. Se levanta a desenchufar la nevera porque se fue la electricidad otra vez. Sale a caminar. La señora Ana le comparte un trozo de lechosa para merendar

—una lechosa dulce—, le pregunta cuándo se volverá a casar, no responde, le regala unos limones criollos.

Vuelve a su casa. Comienza a llover. Cuando regresa, llega la electricidad. Escucha a Willie Colón. Baila sola. No hay fiesta. Prepara la cena. Como señala EMAGIN Elkartea, el cuidado no puede seguir siendo una carga individual. Ella lo vive: consulta si tiene algún pago; aún no llega. Debe estirar la comida que tiene. No se siente bien, pero la única opción es seguir.

Está harta. No del cuerpo que cuida, sino del sistema que la deja sola. Del abandono institucional. No del cansancio, sino de que se espere que lo soporte en silencio. En la abnegación. Sangrar o morir si fuese necesario. ¿Quién decidió que ese agotamiento es virtud? ¿Quién se beneficia de ese desgaste?

Algunas veces, cuidar es una trampa. No porque no haya amor, sino porque no hay una red. La mujer que sostiene lo sabe. Lo escribe. Lo denuncia. Lo grita, sabe que el silencio no cura. Y aun así, cuida.

◆◆◆

EL CELO NO SE TRADUCE: REGISTROS MÍNIMOS

No hay nada más político que un cuerpo que se niega a ser domesticado.
Camila Sosa Villada

El celo no es sólo biología. Es, en muchas ocasiones, lenguaje sin traducción; es territorio. En esta escena, la gata se revuelca en círculos (proestro). Algo dentro de ella comienza a cambiar, a transformarse como levadura, en masa viva. La convierte en otra.

Maullidos intensos, constantes, desgarradores como una canción de Amanda Miguel. Arquea el lomo, levanta y bate la cola, mueve las patas traseras. Se lame. El cuerpo responde. Se frota contra las piernas de la hembra humana.

La hembra humana observa, no interpreta. Registra. Intenta subir el cierre trasero de un vestido que trepa desde el derrière hasta la espalda. Un vestido negro de blonda y fondo de muselina. Ha estado en otros cuerpos. Se ríe. El cierre se resiste. La hembra humana se contorsiona. El movimiento del brazo, al intentar subir el cierre, repite el gesto de su madre frente al espejo, antes de salir al salón. Acto de fe. De que sí puede.

Piensa, con sarcasmo, con ironía, que es justo ahí donde se necesitaría un hombre. No para compañía. No para amar. Para logística. Para subir el cierre. O para un masaje en la espalda con

aceite de almendras. La hembra humana se ríe sola. El cuerpo también. La hembra humana se arquea. No para nadie. Para sí. Para el gesto. Para el archivo. Sí aparece uno, tendría que explicarle como subir el cierre y ella se reiría más fuerte. No por coquetería. Por didáctica.

Hace un tiempo que la hembra humana está sola. Disfruta estarlo. Como Marguerite Duras: "La soledad no se encuentra, se hace. Yo la hice». Cuando un humano se le acerca con intenciones de conquista, toma distancia, igual que si se acercara alguien con piojos.

Piensa que ya vivió en pareja, se casó, se divorció, tuvo los hijos que quiso tener. En la soledad que ha elegido se ha vuelto salvaje. No quiere domesticarse. Escucha música en su casa a todo volumen. Sus vecinos no saben si está despechada, borracha o enamorada.

La gata se acerca a frotarse en sus pies. Gira lentamente, como acariciándole. Maúlla. La gata, panza arriba, se deja hacer mimos. Lleva tres partos. El primero fueron cuatro machos: uno de ellos de color gris, los otros tres blancos con manchas negras. Murieron días después.

La hembra humana los enterró tibios aún. En el segundo parto fueron dos hembras y un macho. Se quedó con este último, atigrado. En el tercer parto, misteriosamente, murieron progresivamente.

La casa se prepara. El deseo ya no es íntimo. Empieza el desfile de gatos. De otras casas. No se sabe de dónde vienen.

Pero vienen. Se enfrentan. Se miden. La casa está impregnada de hedor a orina en cada esquina. A celo. Estro. Territorio marcado. Han tomado la casa de la hembra humana.

La gata danza frente al macho que vive con ella, con una precisión que no es necesario traducir. Él le responde. La huele. Se lamen. La muerde en el lomo. Ella responde con ferocidad e intenta morderlo. La mordida no es violencia. Es código. La monta. Chilla. Se revuelca en círculos, como espiral de deseo. Respiración acelerada con la boca entreabierta. Liberación de feromonas.

Cuatro gatos. El atigrado vive con la gata. Ella es su madre. Hoy es un macho más, un macho de la misma especie. El parentesco se desarma. Como señala Charles Darwin, el celo no reconoce vínculos maternales: sólo especie. Sólo código. Deja de existir.

Hay un gato blanco grande de ojos rojos. Otro se parece a James Bond con smoking. Otro blanco con manchas color crema. Grandes. Robustos. Hermosos. Ágiles. Montan guardia en la cerca de la casa, se suben al techo, orinan en las esquinas. Como inscripción. Como lenguaje. Maúllan. Se pelean entre sí. La casa se vuelve un mapa de olores. Las montadas fueron varias. No hubo contabilidad.

La hembra humana camina cinco kilómetros. No huye. Se baña en la orilla. No limpia el deseo ajeno. Lo registra. Lo deja ir. Derramado en la arena.

◆◆◆

ESCRIBO LO QUE NO PUEDO DECIR EN VOZ ALTA

(Este texto es cuerpo escrito. No busca sanar ni explicar, sino inscribir el duelo sin mandato)

Escribir es no olvidar. Escribir es no dejar que el cuerpo se pierda.
Cristina Rivera Garza

La palabra libera.
Lo que no se libera, se enquista.
Lo que se enquista, nos enferma.

Jorge, hoy te escribo estas líneas como un ejercicio de desahogo, de liberación de esta asfixia que siento a solas, en mi casa. Como un intento de sostener el cuerpo con la escritura, sin redimir, sin explicar. Como quien se quita los zapatos después de días encerrada, no por alivio. Un caminar descalza por la orilla, no para sanar, sino para escribir este sofoco. Es abrir las puertas para que el aire entre.

Alguna vez leí que el miedo es una emoción necesaria; a veces es funcional y nos alerta. Es una emoción que no va a desaparecer. No lo corro, lo reconozco. Le ofrezco agua, pero no lo dejo que se suba a la cama.

El domingo 19 de octubre, a las cinco y diecinueve de la tarde, Yanhi escribió: "Marhi, Jorge acaba de partir a la casa del Padre".

Aunque estaba al tanto de lo que pasaba, no dejó de sorprenderme, de sentir ese dolor en el pecho que no es metáfora. Es una piedra caliente que no se deja mover. De sentir ese vacío en el estómago que no es de hambre precisamente, y que ya había experimentado. Porque la muerte no me ha sido ajena; con cada una, algo de mí ha muerto. Algo cambia para siempre.

Estoy segura de que también se renace, y cuando ese ser que amamos se va, es cuando lo conocemos realmente. Como si su ausencia revelara el contorno. Me aferré a un abrazo de mi hija mientras lloraba, porque la muerte de un hermano no es lo mismo que la de un padre. ¡Coño!

Y aunque hay una diferencia generacional algo considerable, un hermano es UN IGUAL. Un hermano representa paridad. Su pérdida, natural o no, desestabiliza el eje horizontal de la vida. Y eso es un dolor arrecho. Como si el suelo se inclinara hacia un abismo.

Me acosté tarde, repitiendo la misma canción de Frank Quintero, "Canción para ti", que acompañaba el ritmo de mi llanto. Esa canción siempre fuiste tú. Antes busqué algunas fotos y quise hacer un video con esa melodía de fondo. No dormí mucho. Tuve miedo de quedarme dormida; debía llevar a mis hijos a Valencia y regresar. Solo quería llegar rápido. No pude evitar llorar en el autobús cuando retornaba a Puerto Cabello.

Cuando lo hice, otra vez tuve miedo. Pasé dos o tres paradas. Caminé y llegué a una panadería con la excusa, a

mí misma, de comer algo por la hora. La desazón ya estaba estacionada en el estrecho pasillo de la garganta. Pregunté si podía sentarme a comer un pan de guayaba que compré. Después salí y pasé de largo nuevamente.

Caminando, me metí en un supermercado a dar vueltas como un perro para echarse: el cuerpo buscaba un rincón donde no doliera tanto. Entrar al velatorio, ese lugar otra vez y remover esas sensaciones crudas.

Cuando llegué, aún no había llegado el ataúd donde tu cuerpo, ya sin vida, reposaba. Saludé con la sensación de no saber qué hacer. Finalmente llegó el carro y entramos tus familiares. Yanhi —o "Margaret Thatcher", como tú la llamabas— llevaba la batuta.

Jorge, Yanhi cuidaba de tu cuerpo en ese cajón donde nos tocará a todos también estar. Lo hizo como una leona, cuidando su manada. Thairí, con su nariz roja, la más llorona de todos, tú sabes, encendida como una brasa viva qué no consuela, solo arde en la punta del rostro, como si el llanto hubiera decidido dejar constancia allí, justo donde la respiración se encuentra con el mundo.

Mi papá cada cierto momento sacaba una foto tuya que tenía en el bolsillo de su camisa. Como si sacara una luciérnaga, contra el espesor del duelo, un mínimo gesto que sostiene el aire.

¿Sabes? Dalila y yo compartimos unos audios anoche, en medio de las lágrimas. Recordamos que tú siempre fuiste

su parejo de baile. Dali, en medio de su llanto como una bailarina, marca pasos en el aire, sin testigos, sin espejos. Confesamos nuestra rabia, el dolor del alma, ese dolor que es necesario atravesar ante tu partida a ese otro plano, y que nos trae el llanto con cada recuerdo de lo vivido o de lo que quisimos vivir y no se pudo.

Elba, ayer con la voz aún quebrada, me preguntaba cómo amanecí. Todas cerca y en la distancia estamos afectadas por esto y a su vez nos reímos al recordar anécdotas tuyas, lo que solías decir. Tu forma de silbar, qué era diferente a la de nosotras. Alguna palabra, algún gesto.

Yanhiré, Thairí, Dalila, María José y yo coincidimos, elegimos arrojar luz para que tu alma encuentre la paz. De seguro también lo pensará Danilo. Las Ron tenemos una fuerza que nos ha hecho capaces de mantenernos de pie en las más duras circunstancias. Está incrustada en nuestro ser femenino. Tú siempre nos dijiste lo orgulloso que estabas de cada una de nosotras, con esas maneras tuyas tan particulares. No te quedaste sin decirlo.

Este 4 de noviembre cumplirías 60 años, ¡Washington Kentucky! Te recordaremos con la efusividad que te caracterizó, buenmozo como siempre fuiste, sin pedir permiso. Hoy hice mi caminata respectiva de cinco kilómetros, esta vez escuchando a Guillermo Carrasco. Hace años compré un CD de él con Pedro Castillo, y uno de Frank Quintero. Esos gustos musicales son heredados de ti. Los hermanos y

nuestros padres son parte de las influencias que forman el carácter.

Cada uno desde su metro cuadrado elevará una oración, una plegaria, desde lo que cree, desde su propia fe, yo lo hago con estas líneas que se quedan cortas. Esto que sentimos va más allá del vínculo, de la sangre o del apellido. De ese sentido del humor brutal, algunas veces negro y fino que no compartimos con nadie excepto nosotros como hermanos.

¡A ti, hermano, Jorge Carlos, gracias!

◆◆◆

NOTAS SUELTAS DE JEVA

AQUÍ ES RON

Mi papá arregla lavadoras. Las voltea con sus brazos flacos. Hurga con sus dedos, torcidos por la artrosis. Insiste en que la ropa no se lava sola. Ayudarla, sí. Aquí una lavadora siempre es buena; si hay agua, hay que aprovechar y lavar, dice. Pasa el coleto, impregnado de desinfectante con olor a pino. Deja el agua blanca.

Siempre se baña con agua tibia. Siempre. Nos decía que teníamos que vestirnos en el baño. A escondidas, no hacíamos caso. Nada.

Cuando estábamos pequeñas, mínimos eran nuestros problemas. Domésticos, infantiles. Cuando en eso iba la vida: ser feliz, hacer la tarea, exprimir bien la crema dental, no tirar las puertas al cerrar, doblar las sábanas después de levantarnos. Dar los buenos días, pedir la bendición. Comer toda la comida servida en el plato, no colocar los codos en la mesa, no masticar con la boca abierta, no sonar los cubiertos en el plato, decir "Permiso" al levantarse de la mesa después de comer, lavar los platos. Cepillarse los dientes.

LO QUE ARDE, LO QUE CALLA, LO QUE SE PUDRE

Soñé que estaba embarazada. Sentí vergüenza, como si el cuerpo hubiera decidido por mí, sin aviso. A mi edad, ese sobresalto es una grieta. Sí, tuve los hijos que quise. No más.

No puedo. No quiero. En el sueño, como en otros, solo veía rostros. Bocas que se movían sin sonido, como peces fuera del agua. Me desesperaba no entender, no poder responder. Al despertar, el alivio fue como una sábana fresca sobre el pecho. ¡Ufff!

VOLVÍ A COMER PICANTE

Desde niña veía a mi papá echarle picante a la sopa; a mi hermano mayor moquear, la cara encendida como semáforo en rojo. Hace unos días me regalaron un frasco de ese picante que lleva leche. Lo agrego a todo. En las tres comidas. Es adictivo, como si el ardor limpiara algo que no sé nombrar. Como si la lengua buscara una memoria que no está en las palabras. Como si su estridencia me devolviera algo.

LAS BOLSAS DE BASURA EN LA CALLE

En mi caminata diaria me encuentro con bolsas de basura en varias esquinas. El camión pasa tres veces por semana. Ayer, supongo, no pasó. Pero igual las dejan ahí, como si el abandono fuera costumbre. Llegan los perros, las rompen, esparcen pañales y restos como si sembraran despojos. El lunes, mientras caminaba, había un gato muerto. Lo esquivé. Era color crema, parecía dormido, pero el silencio era otro. Hoy vi una rata muerta en medio de la calle. La de ida, intacta; de vuelta, era otra cosa. Volteé rápido la cara. El cuerpo abierto,

como si el pueblo también tuviera sus sueños rotos.

A LAS MUJERES NOS SALVAN LAS BRUJAS, NO LOS PRÍNCIPES

Hay algunas brujas que no te dejan usar tijeras ni que estés con los pies descalzos. Te quieren quitar las mañas. Brujas que saben coser, escuchan a Mozart, pintan y tocan cuatro. Brujas disponedoras, meditan, creen en la energía, alimentan pájaros en un balcón, preparan tortas de café y yogurt.

ESCAPE ARTÍSTICO

En mis vacaciones escolares de 1992 fueron las Olimpiadas (Barcelona '92). Recuerdo verme parada frente al televisor de mi mamá, color naranja, pequeño (blanco y negro), cantando a todo gañote y sintiéndome Montserrat Caballé, quien cantaba junto a Freddy Mercury. Me entregaba al performance cada vez que los escuchaba: ¡Barcelooonaaa!

◆◆◆

CUERPO EN TRÁNSITO: COREOGRAFÍAS DEL ASCO

–¿Y si me leen raro?

–Que aprendan a leer.

–¿Y si incomodo?

–Que aprendan a mirar.

UN "CEDEÑO ON THE ROCKS"

Me subo al autobús, pasaje en mano. Luego sube un señor tambaleándose. Es un «buen borracho» con años de experiencia en cualquier botiquín de los que aún sobreviven, lleva el pelo empegostado de grasa natural. Se sienta a mi lado, claro, ni más faltaba, yo que voy impoluta y olorosa a un perfume original de Katy Perry.

Hiede a alcohol que es un espanto. Un brebaje indefinible, bebida alucinógena: cocuy con whisky con licor de agua oxigenada. Yo busco olerme dentro de la manga un rato y aguantar la respiración el otro rato. Ansias locas de cambiar de asiento. Me cambio.

Al rato sube otro señor con una enorme barriga que le cuelga, de estos que una se imagina que tienen escondido o estrangulado el güevo entre la grasa y el pantalón. Se sienta a mi

lado, empieza a pelar una mandarina. La magia ocurre. Los olores bailan y se abrazan.

Cocuy del diablo con mandarina dulce. Chispeante, estridente, se torna sublime. Beber con obediencia y empeño. Un combinado perfecto. Podría acompañar ahora a mis compañeros de ruta. Pido la parada: "¡Cedeño!". Así bautizo este cóctel.

–Pedro, ponle un "Cedeño doble" a la señora.

AQUELARRE DEL PIS

–Mami, no te sientes en la poceta, que te puede agarrar una infección.

Ahí estaba yo con unos ochos años haciendo malabarismos sobre la poceta, bailando un tipo de danza femenina del asco y la repugnancia, ante los ojos de mi mamá o de mi abuela.

Cuando van pasando los años, los músculos se van fortaleciendo, tus piernas se entrenan y se supera el nivel de precisión. Una se va convirtiendo en una súper heroína del orinar fuera de casa, una "miona" profesional, que con una buena vista busca el espacio y el tipo de terreno sobre el que va a mear, a veces logramos establecer estrategias y posturas en dos segundos, de lo contrario nos orinamos encima.

A veces con mis hermanas, en algunas zonas oscuras de largos caminos de viaje, se formaba una especie de aquelarre del pis.

–¡Coño, me mie un pie!

–¡GAFA! Tenías que haber puesto uno más adelante y otro

más atrás, te lo he dicho. ¿No ves que la calle está inclinada, pajúa?

–Pero en la fiesta de San Juan lo hice así y no me mojé.

–Ya, pero ahí el suelo era más poroso pues. Esto es asfalto, chama. Obvio con inclinación.

Ellas se levantan. Las miro, parapeteada en mi pequeño cubículo entre dos carros mientras logro terminar.

La vez pasada fui a una fiesta, y me fui al quinto coño buscando un baño, había algunos inmundos con colas interminables, en uno de ellos, justo en la puerta, estaba una de las encargadas con una tajada grasienta guindando de un tenedor, un olor a urea concentrada. Vi que la calle de al lado estaba vacía. Sé que eso no está bien, que la calle se ensucia, que luego huele muy mal.

¿Pero qué puedo hacer?

¿Colocarme un pañal sexy antes de salir, cómo toque final, después del lápiz labial?

◆◆◆

EL TERRITORIO DE LA TIZA Y EL RECUERDO

Algunos mapas no se guardan en la gaveta, sino en la memoria del cuerpo: la altura de una mesa de preescolar, el traqueteo de un tacón bajito. Si tuviera que nombrar esa permanencia, tomaría palabras inspiradas en la poética de Alejandra Pizarnik, donde la infancia no es un recuerdo, sino un territorio que no se abandona. Cada maestra fue un hito en ese mapa; para mí, una brújula o un muro, en los que aprendí a trazar mi propia línea.

Estudié preescolar y toda la primaria en la escuela María Concepción de Bolívar, ubicada en La Sorpresa, Puerto Cabello. Conservo todas mis boletas desde preescolar hasta sexto grado, y la boina azul que usé en mi acto cuando pasé a primer grado. Todo esto lo guardó mi mamá. Y si hay cosas que recuerdo de esos días en ese colegio, son a mis maestras.

Estudié hasta segundo grado en el horario de la mañana; desde tercero a sexto, en la tarde. Recuerdo también las veces que iba el camión de la leche líquida, en cartón de un cuartico o en un vaso con tapa de papel aluminio. Con ese papel hacíamos una especie de cono delgado y lo colocábamos en el dedo meñique; decíamos que era una uña postiza. Los sábados que nos tocó ver clases fueron para recuperar las que perdimos por un paro de maestros.

Nélida fue la primera. Mi maestra de preescolar vivía en

Valencia y hacía la lista para comprar en la cantina. Tengo una imagen nítida de un dibujo —casi un garabato— que hice con un exceso de puntos y dije que era una ballena. Frente a todos en el salón, ella dijo con la voz dulce que la caracterizaba: "¡Guao! Pero qué hermosa ballena hiciste. ¡Aplausos para Marhisela!".

Se producía una algarabía por cada niño que mostraba su creación. Esa ballena flotaba en el aire como un aplauso sostenido. Es el primer recuerdo de validación que tengo. En el primer día de clases lloré porque no me quería quedar y que mi mamá se fuera; después, me escondía a veces en una caja grande de cartón porque no me quería ir a casa.

Después de la suavidad de ese jardín, llegó la rigidez del primer grado. Teotiste fue mi maestra. Baja de estatura, usaba siempre faldas, tenía los tobillos gruesos; todo en ella era grueso, eran columnas sosteniendo un templo de reglas y zapatos de tacón bajito. Tenía muchos lunares. Encajaba perfectamente con su nombre. Era muy estricta, seria, de cabello corto. Aprendí a no moverme y a temer el sonido de sus zapatos.

El segundo grado trajo un respiro inesperado. Mi maestra Elisa se dejaba hacer cuantos peinados se nos ocurrieran a las niñitas, insistentes por ser su peluquera. Su cabeza era nuestro campo de juego, donde nuestras manos tejían libres. Ella fue quien me creyó, sin dudarlo, cuando uno de mis compañeritos me había cambiado el examen en el que había saca-

do 20 puntos. La justicia, aprendí, a veces viene con una trenza mal hecha.

Mi maestra de tercer grado, Rosario, también era muy estricta, pero de otra forma. Llevaba a su esposo para preguntarnos la tabla de multiplicar. Era un hombre gordo, barrigón, con unos lentes culo de botella que magnificaban el miedo. Creo que mi maestra Rosario tenía un complejo de cantante de ópera cuando entonábamos el himno nacional. Como si la patria se saliera de su pecho en do mayor, imponente y desafiante.

Zulaika fue mi maestra en cuarto y quinto grado. Yo era una de las que se la pasaba sacando punta cerca de la papelera solo para echar cuentos con uno de mis compañeritos. La papelera era nuestro confesionario, donde afilábamos cuentos con el sacapuntas. En alguna oportunidad me gané un coscorrón que me hizo volver al pupitre.

Todas las veces que me dicen que mi hija conversa mucho en clase, me pregunto a quién habrá salido. Años después, me tocó atender a esa misma maestra estando yo de guardia como enfermera. Murió por complicaciones de diabetes, y al verla, sentí que una parte del mapa de mi infancia se desdibujaba.

Mi maestra de sexto grado, Morela, tenía una letra que me gustaba mucho. Una especie de hilera de hormigas ordenadas que yo quería imitar. No pudo aguantar la risa al ver mi lámina de exposición sobre Carlos Andrés Pérez, que

tenía unos dibujos con los gestos característicos que tenía ese expresidente al hablar. La dibujante fue mi mamá, mi primera maestra de la vida.

Desde el garabato reconocido hasta la tabla de multiplicar y el secreto compartido, ellas marcaron mi horizonte. Sus nombres, sus reglas y sus enseñanzas también están en la forma en que camino. Y si la infancia es un territorio que no se abandona, entonces ellas son las coordenadas que me permiten volver. Todo esto para decir que nunca las olvido.

◆◆◆

CRÓNICA DE UNA JEVA (I)

Nos contamos historias para poder vivir.

Joan Didion

JEVITA

Una madrugada del 22 de noviembre de 1983 nací. Fueron catorce horas de trabajo de parto, fue un embarazo no controlado y la urgencia me impuso la primera marca: me sacaron por fórceps.

Mi madre me contó que, cuando me vio por primera vez, era una niña blanquísima, yo movía lento mis manitos, pero con la cara magullada por esas pinzas. Esas marcas se fueron borrando con el tiempo.

Años más tarde, ya en el corral, al parecer no me resignaría a ningún límite. Hice una torre de peluches solo para salirme de ese espacio de control. El costo fue una pequeña hendidura entre la nariz y el labio superior. Si el fórceps fue la violencia de otros que me marcó al nacer, esa cicatriz fue la marca de mi propia y primera liberación.

Con sangre surgió mi primera emancipación. Todavía la veo, y es un recordatorio de que mi vida empezó dos veces: una bajo coerción y, la segunda, al escaparme. La puedo ver cuando me pinto los labios.

Antes de mis cinco años comencé a llamar a mi hermana Marhianella: "Lili". Y así ha sido hasta el presente. Mi mamá

imitaba la manera en que yo cantaba *Locos de Amor* de Yordano, desenfadada y como si no existiese un mañana. Me daba mucha risa y la hacía repetir porque me gustaba.

Desde niña fui novelera, inventaba historias con dramas tipo culebrones con mis muñecas. En una de la salas de una de las casas donde vivimos armaba toda una escenografía y hacía con telas de sábanas viejas ropa para mis muñecos.

MOTOLITA

Me quedaba a menudo en el apartamento de mi hermana Thairí y mi cuñado Luis, en el Bloque 07 de Santa Cruz.

Por dentro, yo aprendía la mesura: Luis, con la paciencia de un maestro, me enseñó a leer la hora en el reloj despertador de gallina que movía la cabeza. Me enseñó que el tiempo se controla, que hay orden y manecillas.

Por fuera, sin embargo, practicaba el caos. Yo era de esas niñitas calladas que sentían una necesidad irresistible de tocar el timbre de los vecinos para luego salir pirada corriendo. Era mi forma de probar los límites del espacio y de mi propia velocidad.

Una mañana, al salir al abasto, no conté con que, al tocar el timbre de siempre, los dueños se asomarían justo cuando ya estaba en la planta baja, en la salida. Me sorprendieron y me obligaron a enfrentar la realidad de la transgresión.

Recuerdo cómo apreté ese culo y aumenté la velocidad, las piernas temblándome del susto. Dejé de hacerlo, sí. Pero solo en ese edificio. El miedo se controla con piernas velo-

ces. De adulta lo he repetido, eso de tocar el timbre y salir corriendo.

THELMA AND LOUSIE

El juego más dramático lo armamos mi hermana Dalila y yo dentro del carro de mi papá. Tendría yo unos cuatro años. Ella giraba el volante, inventando la carretera, nos sentíamos las «Thelma y Louise» de aquel estacionamiento. Entonces, sin querer, le di con el codo a la palanca de cambios. El carro se movió, lento, pesado, hacia atrás. El miedo me paralizó, e inmediatamente después llegó la culpa, una sensación helada.

Cuando mi papá llegó, esperaba el regaño, el grito que yo había merecido. Pero no. Simplemente me sacó cargada en sus brazos, sin una sola palabra de reproche, abrazando a mi hermana. En ese momento, la culpa se esfumó, reemplazada por la lección silenciosa de que algunos errores son tan grandes que solo se curan con refugio, no con reproches.

BELLA DURMIENTE

En ocasiones me decían que de niña hablaba dormida. Poseo el poder de dormir donde sea, mi exmarido decía que yo podía fácil dormir en una horqueta. En dos ocasiones salí con dos pretendientes en tiempos diferentes; con uno, fui al cine y en plena sala frente a aquella pantalla grande me estaba quedando dormida, con el otro, fuimos a un juego

Caracas-Magallanes.

Esa noche lo más interesante fue que ganó el Magallanes. De retorno, este muchacho, con su verborrea de vendedor de catálogo (el producto era él), me tenía mareadísima. También me estaba quedando dormida, tal cual, cabeceando.

Hoy, 22 de noviembre, cumplo cuarenta y dos, celebro no solo el día en que fui sacada del vientre de mi madre, también el día en que mi cuerpo se negó a ser definido por esa violencia inicial en forma de pinzas de fórceps.

La jevita que fui me enseñó a escapar; la jeva que soy hoy sabe que, a veces, la fuga más efectiva es cerrar los ojos ante el espectáculo del mundo, negarme a ser lo se espera que yo sea. Después de todo, poseo el poder de dormir en una horqueta.

◆◆◆

GRITAR EN PRESENTE CONTINUO

Yo pertenezco a ese sexo, el que debe callarse, al que todos acallan. Y que debe tomárselo con cortesía, una vez más, jugar a mantener un perfil bajo. A riesgo de que te borren del mapa. Los hombres saben mejor que nosotras lo que podemos decir sobre nosotras mismas… Lo que yo he soportado por ser mujer escritora es el doble de lo que un hombre soporta.

—Virginie Despentes

Me escapé de ser violada. Como en las películas. Un hombre de unos noventa kilos o más, con ginebra en la sangre, el cerebro y el hígado, intentó tocarme. Yo gritaba desesperada y nadie me escuchó. En mi vida había gritado tanto. Me forzaba los brazos sobre la cabeza. Él intentaba meter la mano dentro de mi pantaleta. Lloré mucho. Pedía auxilio y él me mandaba a callar. No se escuchaba otro ruido que el mío o su voz. No dejé de gritar.

Me dio una cachetada después de un "¡Cállate!". No sirvió de nada, aunque me retumbó la cara. No dejé de gritar. No dormí nada del miedo, hasta que el hombre cayó rendido. Calculé mi salida. Con el mayor de los cuidados abrí la puerta y luego la reja. Llamé al ascensor, pero el hombre se despertó y venía hacia mí. Salí corriendo por las escaleras; saltaba dos o tres escalones de una sola zancada. No sé cómo, pero la reja principal estaba abierta. Caminé hacia la avenida. Pasaba un taxi y lo llamé. El corazón se me iba a salir por la boca. Todo mi cuerpo temblaba.

Cuando tenía cuatro o cinco años bajé a la casa de unos vecinos de mi abuela. Entré y estaba el esposo de la vecina acostado con su hijo bebé en la cama. Yo no me moví del marco de la puerta. De repente, el hombre adulto, desde su cama, como si se acomodara una media, se sacó aquella cosa a través del short. Esa carne blanda y ajena, frente a mí.

Para mí era «el pipí». Algo chocó ante mis ojos. Me sorprendió y salí corriendo, confundida y asustada, para la casa de mi abuela. No recuerdo haber hecho comentario alguno. Estaba muy pequeña. A ese mismo hombre me lo encuentro algunas veces cuando salgo a caminar armada con mi «cara de culo».

A eso de mis once años se repitió la escena. Esta vez era un adolescente. También me asusté. Lo escribí en mi diario. Ocurrió con unas compañeras de quinto grado: un hombre en una bicicleta se sacó el pene frente a nosotras como si nada.

El cuerpo es palabra donde encontrarnos y ubicarnos…

—Cristina Rivera Garza

En la adolescencia, dos veces, en tiempos y en lugares diferentes, me vieron desnuda mientras me bañaba.

Alguna vez, otro hombre me dijo que no podíamos tener relaciones sexuales “solo cuando yo quisiera”. Otro me dijo que escribía como si tuviese un pene entre las piernas; es

decir, como un hombre. Un insulto disfrazado de cumplido. El falo como mi único salvoconducto a la seriedad. ¡Qué arrechera!

La hipervigilancia en la calle nos viste en ocasiones de silencio y sumisión. En dos oportunidades, al salir a caminar, un hombre me interceptó. La primera vez se quedó parado en el medio de la calle y me decía cosas que yo no lograba escuchar, porque llevaba audífonos. La segunda, me hablaba muy bajito. Es un hombre cuyo rostro no logro definir. No sé si por los nervios. Ahora salgo a caminar más tarde y no llevo audífonos.

El miedo no se va. Se aprende a vivir con él.

—María Fernanda Ampuero

Nos llaman «exageradas». Nos acusan de ver monstruos donde no los hay, ignorando que la violencia nos atraviesa desde siempre. Olvidan que sus propias madres, abuelas o hijas probablemente también callaron "para evitar» y por saber que, si rompían el silencio, la ley las recibiría con más silencio.

¿Cuántos de esos hombres distraídos son los mismos padres, tíos, hermanos? ¿Cuántos son los amigos de la familia… a quienes todavía les servimos el café en la mesa? La respuesta quizás está en nuestra agenda de teléfonos, en

nuestras cocinas o lugares de trabajo.

Dos amigas fueron abusadas: una por su tío y su papá desde los cinco años; la otra, desde los cuatro años, por el respetado amigo de la familia que la sentaba sobre sus piernas para tocarla. A una mujer su esposo le colocaba corriente en las manos y en los pies mientras la tenía amarrada a una silla. Mujeres que conozco. No es que lo leí en una noticia.

Reconozco que la mayoría de mis amigos son hombres y, en cuanto puedo, abro con ellos la conversación. A quienes son escritores, les comparto literatura escrita por mujeres: Lección de cocina, de Rosario Castellanos; Subasta, de María Fernanda Ampuero, por nombrar dos autoras. Pero la literatura no es suficiente si no se pone el cuerpo en la lucha.

Pienso en mi hija. Le digo que, en casos como ese, grite mucho y que, sea quien sea, no debe tocarla. Debe decirnos, a su papá o a mí. Porque el miedo, como dice Ampuero, no se irá, pero el grito es la única lengua que nos han dejado para nombrarlo. Y esa lengua, la del presente continuo, no se la podrán callar. ¡Yo grito!

◆◆◆

¡MARHISELA CON H!

Tenía nueve años cuando acompañé a mi mamá a renovar su cédula. Madrugamos. Llegamos a la oficina de Identificación, en la zona histórica, cuando aún estaba oscuro. Hicimos la cola entre un gentío; detrás de nosotras esperaban dos jóvenes —creo que hijos de peruanos— que iban a renovar su pasaporte.

Yo llevaba una braga de jean tipo overol y mi inseparable brillo Topsy. Tenía el cabello corto, un remedio drástico porque me habían caído «cochochos».

Cuando abrieron las puertas y le tocó el turno a mi mamá, me quedé fascinada viendo a la señora que te «empatucaba» los dedos con tinta para estampar las huellas. Era Marlene, una amiga de mi mamá: tez blanca, caderas anchas, piernas gruesas y unos lentes culo de botella que no me permitían verle bien los ojos. Marlene tomaba las huellas y también la foto.

Mi mamá, siempre prevenida, le preguntó si había posibilidad de sacarme la cédula a mí también. Le dijo que tenía todos mis papeles a la mano, porque ella era así: siempre salía con una carpeta de «por si acaso». Copias, partidas de nacimiento —de aquellas en «papel sellado»—, el cartón de vacunas de mi hermana y mil documentos más. En fin, tenía todo en regla.

Marlene verificó los papeles, habló con el Director y le dio luz verde. Mi mamá estaba feliz. Mientras esperábamos, me explicó una y otra vez lo de la firma: que el espacio era muy

reducido, que no me saliera del recuadro. Y yo, ante cada instrucción, me repasaba los labios con aquel brillo Topsy con olor a fresa, de esos que vendía la señora Toñita por catálogo.

Llegó mi turno. Le entregué mi carterita a mi mamá y Marlene tomó mis manos. Con la destreza que solo dan los años de oficio, en un dos por tres ya estaban las huellas de mis diez dedos en el papel. Me tomó la foto y estampé, nerviosa, mi nombre y apellido.

En esa primera cédula no incluí la H de mi nombre, aunque la transcripción que hicieron los funcionarios sí estaba correcta. Mi mamá siempre me reclamaba ese detalle: «Tu nombre lleva H, esa H es la de tu padre. Debes tener más cuidado para la próxima»…

Tres años después, al renovar el documento, me esforcé por escribir bien mi firma. La ironía fue que, esta vez, fueron ellos quienes cometieron el error y omitieron la letra H. Fue peor, porque para algunos trámites legales esa cédula no era válida. Tuve que usar la vieja, la vencida, hasta que pude resolver.

Aquella H muda fue el inicio de una larga batalla por mi identidad. Luego vendría la adolescencia y la inevitable comedia de mis apellidos: Ron León. Desde la secundaria aprendí a sonreír con resignación ante la creatividad ajena: "Marisela Caña Clara, Marisela Whisky, Maricela Room, Marisela Romer"… o la eterna pregunta: «¿Marisela con H?». Parecía que mi nombre estaba destinado a ser un chiste público o un error administrativo.

La lucha contra el registro civil, iniciada a los nueve años, me persigue hasta hoy. He devuelto cheques que no pude cobrar y he

recibido diplomas con el nombre mutilado. Tengo amigos que, a todo gañote, me llaman "¡Marichela!", moviendo la H a sus anchas por el resto de mi nombre.Yo los dejo. Solo sonrío.

Al principio me molestaba, pero ya no. Lo juro. Ya estoy curada. Ahora entiendo que es una marca de fábrica: mi papá se aseguró de que mis hermanas —Yanhiré, Thairí y Marhianella— también llevaran esa H intercalada como un sello de origen.

Sin embargo, el sistema conspira en diferentes lugares. Cuando llegué a la caja en un supermercado que frecuento, con mi compra de víveres semanal, la cajera —una chica que parecía haber renunciado a sus sueños hacía tres horas— me pidió la cédula. Respondí con un «Buenos días» que ella ignoró, y le dicté los números.

Al mirar la pantalla, noté el error.

—Es Marhisela Ron —le dije, poniendo mi mejor tono de azafata.

—¿Marisela con S o con C? —me interrumpió, tecleando a la velocidad del rayo con unas uñas acrílicas perfectamente esculpidas. Noté que le faltaba la del dedo meñique de la mano derecha.

—Sí, con S. Pero, chica, el nombre es Mar-hi-se-la. Con una H intercalada entre la R y la I. Es muda, tú sabes, existe. —Hice una pausa y pensé: es mentira, ella no sabe.

—Ajá. ¿Y el apellido?

—Ron.

—¿R-O-N… Ron? —me miró por primera vez, alzando una ceja delineada con microblading.

—Correcto. Ron. Como el alcohol etílico. ERRE, O, ENE. Ron —le sonreí, esperando un mínimo de complicidad.

Ella volvió a teclear, pero esta vez a los coñazos, como si castigara al teclado. Podía sentir la impaciencia en la fila detrás de mí; el señor del carrito vecino prácticamente me respiraba en la nuca. Entendí que aquel no era el momento para una clase magistral de ortografía.

Cuando la impresora escupió la factura, la leí y solté una carcajada. El sistema había decidido que la solución más rápida al problema «Marhisela» era la eliminación total de mi identidad. Nombre en la factura: "Marisa Rojas"… ¡Mucho gusto!

◆◆◆

MI SOUNDTRACK: DE CARAJITA A DIVA

Tengo gustos musicales heredados de mis padres, de mis hermanos: canciones que escuché desde muy niña, que flotaban en el aire que hilvanaba la historia de la familia. Son el sonido de nuestro pasado.

En ocasiones, la música era parte de lo cotidiano: una de mis hermanas pasaba el coleto, impregnado del aroma de cera sobre el piso de granito, mientras el tintineo del hielo en el vaso de whisky de mi papá llevaba el compás de aquellos bochinches.

Si íbamos para El Tigre, Chirgua o Ciudad Bolívar, mis hermanas cantaban a todo gañote, plenas, y el carro, un Dodge que tuvo mi papá (bueno, en realidad fueron dos: uno marrón y otro verde), al cruzar el puente de Angostura, por ejemplo, se convertía en un escenario móvil de libertad que yo absorbía desde pequeña. Nos juntábamos también en la terraza de la casa de la calle Anzoátegui, en el bullicio de La Sorpresa o en la cocina de Las Corinas.

Igual me pasaba con mi mamá, mientras ella resolvía crucigramas o preparaba el almuerzo. Ella tenía un cancionero de Juan Gabriel, en color sepia, al acceso de mis manos como la mayoría de sus libros y revistas, eran más de treinta canciones acompañadas con fotos del cantautor. Yo, muy pequeña, lo leía; así me aprendí las letras; un Juan Gabriel que escribía desde el desborde, sin ocultar emociones.

Una de esas canciones que marcó mi memoria fotográfica es La guirnalda, en la voz de Rocío Dúrcal; una de las favoritas de

mi hermana Thairí, quizás un himno personal, entre otras como «Quédate conmigo esta noche». En aquellos tiempos de casetes que se rebobinaban con un lapicero, yo la escuchaba tararear y la estudiaba a escondidas, protegida por una timidez que me arropaba.

Pero cuando yo la cantaba, me hacía mis películas mentales (esa vaina me viene de carajita): el cuarto se desvanecía y el escenario se abría ante mí. Yo me sentía Rocío (¡no joda!), dueña absoluta de la luz, con un vestido de lentejuelas que solo existía en mi imaginación, ofreciendo una performance impecable.

Años después, ya con treinta, ocurrió el reencuentro. En el silencio de una tienda de discos en un centro comercial de Valencia, lo vi: una cápsula del tiempo. Lo compré sin dudar. Al tomarlo, no adquirí solo un disco; recuperé el cancionero sepia, el puente de Angostura y a la Rocío que yo soñaba ser.

◆◆◆

CRÓNICA DE UNA JEVA (II): LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LAS CUCARACHAS

DE LA CUCARACHITA MARTÍNEZ A GREGORIO SAMSA

Mi hermana mayor, Yanhiré, en primer año de bachillerato, me mandó a leer el cuento de La Cucarachita Martínez, pero no era solo leerlo y ya: Debía hacer un análisis, sacar la idea principal y las secundarias de esa obra literaria. Mi hermana y yo sentadas en una mesa del comedor, mientras ella me interrogaba. Creo que fue la única lectura impuesta, sin embargo entendía su finalidad.

Desde entonces comencé a leer por iniciativa propia. Recuerdo que ver las ilustraciones de ese cuento me daba asco. En cambio, leer La Metamorfosis, tiempo después, fue diferente, ese libro pertenecía también a Yanhi, me llené de curiosidad por saber cada vez más de Gregorio Samsa.

CUCARACHAS CON GUACHICONES

Pero no siempre la literatura nos prepara para la vida. Mi hermana Thairí decía que una tía le dio un consejo: que si veía una cucaracha, se la imaginara usando un sombrero. "Así no te dan miedo", decía. Yo no puedo. Cuando yo las veo, la imagen que me viene, en particular, es de un comercial viejísimo de televisión: unas cucarachas animadas y un repelente en spray contra cucarachas, de una marca reconocida, ellas corrían o se esfumaban despavoridas. Una

de ellas tenía zapatos deportivos. Así me las imagino.

Mi papá, cuando le decía a mi hermana menor, María José, que se pusiera los zapatos deportivos, se refería a ellos con el nombre del «matacucarachas«. Yo los llamo «guachicones», también escuchaba a mi papá nombrar los zapatos así.

Desde entonces, cuando veo a alguien con piernas delgadas y zapatos estrambóticos, de esos que parecen diseñados para salir corriendo, me recuerdan a aquellas cucarachas del comercial. Es una asociación casi automática de mi memoria fotográfica.

CUNNILINGUS INTERRUPTUS

La mayoría de las veces, estos insectos invaden espacios donde estamos vulnerables. Él estaba entregado. Boca abajo. Plácido. Lengua firme. Ojos cerrados. Disfrutando de una fruta madura. Ella, abierta al placer, respiraba hondo. Gemía. Entonces, algo cayó sobre el hombro del hombre. Dio un manotazo al tiempo que brincó. Sintió el roce de unas patas puntiagudas. Se incorporó de coñazo.

En consecuencia, el pene, que hasta entonces estaba firme, se le vino abajo con la misma rapidez con la que la cucaracha dejó el pelero. No descansó hasta encontrarla. La mujer, desconcertada, se enfrió, se vistió y lo acompañó en esa búsqueda.

CAÍDA DEL PATARUCO

Era de noche; mi papá cerraba la puerta que daba hacia la

terraza. Yo lo veía desde el cuarto de mis hermanas, de punta a punta. No sé cómo pasó. Le cayó una cucaracha encima. Salían de su boca sapos y culebras mientras luchaba por matarla, con la escoba, luego con una chancleta, con lo que tuviera a mano, se dio un coñazo seco en el hombro. Al día siguiente no podía mover uno de sus brazos. La cucaracha no sé si apareció. Solo quedó la referencia a mi papá como "pataruco".

PERFORMANCE EN LA SALA

Yo estaba de visita en la casa de quienes eran mis suegros. Fuimos con mi mamá y nos quedamos en la casa de abajo, que es de tipo rural. Supongo que, por estar desocupada, tenía aquella casa «un olor a guardado». En un callejón que está del lado de las ventanas de los cuartos, cerca del baño, había una tanquilla.

Yo estaba en la sala. Llevaba puesto un «enterizo» de tela floreada. La puerta principal estaba abierta de par en par. Era de noche y, en un abrir y cerrar de ojos, entraron dos cucarachas enormes, dos mutantes de concha oscura, como de aceite viejo, brillantes. Sentí que una de ellas se subió por mi sandalia. Sentí el cosquilleo escalofriante de sus patas. Brinqué. Me sacudí. Comencé a gritar.

Mi compañero, en una coreografía de manotazos y saltos torpes, buscaba rescatarme de las indeseables rastreras y, a su vez, buscaba a la segunda cucaracha. Pero no veía-

mos a la coño de su madre. Solo sentía que algo trepaba por mi pierna. En un segundo de pánico, mientras sacudía el enterizo, me lo bajé. Me quedé en pataleta y brasier, ante los ojos de mi ex, en medio de la sala. Al darme cuenta de que la cucaracha no estaba sobre mí, nos desbordamos de la risa.

VENDETTA

A veces me pregunto si son realmente necesarias en este mundo las cucarachas. Lo digo como quien ha librado batallas contra ellas. Domésticas. Rastreras. Las mato. No descanso hasta eliminarlas. No porque me den asco, lo hago por dignidad, estoy segura de que se burlan de mí.

◆◆◆

JOSÉ RON: OCHENTA AÑOS DE RÉGIMEN Y CORTAVENAS

José Amegar Ron Álvarez, oriundo de Ciudad Bolívar, de pelo chicharrón y canillúo, instauró en casa un código más estricto que el de la Guardia Nacional. Yo, que de niña le decía que «Amegar» venía de «amargado», sabía que vivir con él era vivir bajo decreto. Luisana José, mi sobrina, lo definió con precisión: el régimen.

Ese orden no admitía fisuras: No se salía del baño en toalla. Ningún varón (fuera quien fuera) podía andar sin camisa, mucho menos a la hora de comer. Nada de sonar cubiertos contra el plato. La cuchara, solo para sopas; el cuchillo, obligatorio para asistir al tenedor. Era su forma de enseñarnos que, incluso en la intimidad, la compostura es una forma de respeto. Basta recordar su imagen en las mañanas, con las piernas cruzadas, tomando café cerrero.

¿Fiesta? ¿Cine? Si él cerraba la puerta, quedábamos afuera; a menos que alguien, asumiendo el reto y con el patriarca ya dormido, lograra hacer la vuelta de abrirnos. Mis hermanas debían salir con las pequeñas de «lamparitas». ¿Varones en el cuarto de las muchachas?… ¡Dios nos libre! Aquel era el santuario que él protegía como territorio sagrado, convencido de que su mayor deber era custodiarnos.

Mi papá llegó a Puerto Cabello en 1975, procedente de Puerto Ordaz, con su primera esposa, Noris, y sus cuatro hijos

mayores. Cuenta Yanhiré, mi hermana mayor, que se vinieron en un Ford Cortina amarillo y vivieron en casa de un señor de apellido Cohen, en la calle Mariño. Ron se fajaba como taxista y regresaba de madrugada, mientras mis hermanos lo esperaban despiertos. Esa disciplina que nos pedía no era gratuita: era el mismo rigor con el que él enfrentaba la vida para sacar adelante a su familia.

Aunque siempre ha sido un hombre de carácter fuerte, también ha sido un hombre «jodedor». Dos polos opuestos en un solo ser. Recuerdo una fiesta de disfraces que organizaron con otra familia, cuya casa daba hacia la autopista. Yo me disfracé de lechosa (que, por cierto, si me quitaban la pulpa parecía una lagartija).

Mi papá llegó mucho después para mayor misterio, y fue el centro de atención: peluca, zapatos de tacón, lentes oscuros, un vestido por debajo de las rodillas, uñas rojas, aretes, cartera blanca y un lunar pintado cerca de la boca, perfilada en rojo carmín. Me causó mucha risa verlo así, demostrando que detrás de la autoridad había un hombre capaz de reírse de sí mismo para hacernos reír. Disfrutamos esa noche hasta que antes de irnos volvió a vestirse como él: sin esmalte y sin tacones, retomando su lugar de mando.

Si algo caracterizaba a mi papá los fines de semana era la música. Se reunía con la familia y amigos y ponía esas canciones que llamábamos «cortavenas». De pequeña yo no sabía de despechos, pero crecí escuchando a Leo Dan, Camilo Sesto,

Raphael, Emmanuel, Rocío Dúrcal y Dyango, solo por nombrar algunos.

Si le gustaba una canción, la repetía las veces que quisiera; a veces nos ponía verdes escuchando «Por ella», de Roberto Carlos, más de diez veces. Pero de todas, me quedo con una imagen suya cantando un tema en la voz de Danny Rivera: «Los hombres de rabia también lloran». Yo estaba adolescente y no sé si era su momento de vulnerabilidad, su forma de decir que los hombres recios también sienten.

Resulta que, a medida que me hago una señora mayor, descubro que repito mucho de ese «régimen» que tanto critiqué. Cada vez que mis hijos tiran una puerta, algo dentro de mí hace cortocircuito y una voz empuja la frase: «No le des tan duro». A Frida le he dicho mil veces: «Copia solo lo bueno». Comer en los cuartos está prohibido. Y como cosa rara, a mi hijo Sebastián no le gusta estar sin franela y Frida se viste en el baño. Cuando veo a un hombre sentarse a la mesa sin franela, siento el mismo cortocircuito; o si algún vecino sale a la puerta de su casa en toalla, pienso para mis adentros: «¿Pero qué se cree este?».

He terminado por emular las manías de mi papá, que hoy entiendo como gestos de herencia. Y lo más común es repetir esas canciones cortavenas que marcaron mi infancia. El 1° de enero, a eso de las cinco de la mañana, cantábamos en familia mientras recordábamos algunas canciones. Días después, Dalila me envía por WhatsApp un video de Emmanuel en vivo con

la canción «Ven con el alma desnuda». Lo primero que alcancé a decir fue: Hermosa herencia de Ron. Acto seguido la repetí unas veinte veces, junto con «El día que puedas», también en la voz de Emmanuel.

Hoy, en el playlist de mi celular, una de las canciones más reproducidas es aquella de Danny Rivera; la canto como si fuese ese hombre que llora de rabia por esa mujer que lo dejó, pero también las imágenes familiares pasan por mi mente cada vez que la escucho.

Me emociono, no las escucho porque esté triste, siento que es mi forma de celebrar el origen de donde vengo. Porque al final, «el régimen» de mi papá, quien este 19 de febrero cumplirá 80 años, no era otra cosa que, quizás, su forma de darnos estructura y amor.

◆◆◆

CRÓNICA DE UNA JEVA (III): DIEZ AÑOS DE SANGRE Y FILO

Mi maternidad no empezó con arrullos, sino con el frío de un trastorno de la coagulación. Durante todo el embarazo, el pinchazo de la enoxaparina sódica rompió la resistencia de mi piel. Cada inyección, administrada de forma subcutánea en mi barriga y marcando el sentido de las agujas del reloj (fueron más de doscientas), la realizó el papá de Frida. Él tenía la precisión de quien manipula un cristal; no dejó hematomas.

Su apoyo fue el anclaje que me sostuvo; me repetía con convicción que el tratamiento era el correcto y que lo estábamos haciendo bien. Esa seguridad suya, basada en su experiencia como enfermero y no en el consuelo fácil, fue vital. Yo respiraba profundo, sentía la aguja mínima y luego ese ardor leve. No podía frotar la zona.

Mientras Frida se formaba, mi sangre amenazaba con espesarse y formar nudos que le robaran el oxígeno. Era un miedo sin calendario: podía ocurrir en las primeras semanas o en los días cerca del parto. Habitamos ese espacio entre química y vida.

En la sala de espera, observaba las barrigas de las otras mujeres como quien mira un mapa que no sabe leer. Sus carpetas de foami y sus batas eran parte de una gramática que a mí no me hacía falta. Nunca compré ropa materna porque mi cuerpo no habitó esa forma: no engordé. Mi anatomía se mantuvo igual,

proyectada solo hacia adelante. Por eso seguí usando mis jeans de siempre. Para evitar que la pretina me presionara, amarraba una liga de cabello al botón, la pasaba por el ojal y la sujetaba de nuevo para ganar holgura.

Había una libertad inédita en el gesto de no tener que meter la barriga; disfrutaba de esa forma que se imponía. Era un bulto tan puntual que, después de la semana 36, me robó la vista de «la que te conté»; depilarme se volvió un ejercicio de fe y de puro tacto. Hasta que, un día antes de la cesárea, tuve que soltar el orgullo y ceder con absoluta confianza: dejé que fuera el papá de Frida quien terminara el trabajo. Fue el último gesto de entrega antes de entrar al quirófano. Me veía sexy así, con el ingenio de la liga y el paso firme.

Caminé esos meses sobre mis zapatos Converse, no solo porque eran mis preferidos, sino porque en ellos encontraba la comodidad que necesitaba para no perder el equilibrio. Mientras tanto, la acidez me quemaba la garganta y la bebé ejercía tal peso sobre mi vejiga que mi único objetivo diario era encontrar un baño limpio. Aunque la urgencia no entendía de protocolos: si viajábamos y la carretera era puro monte, parábamos y yo orinaba allí mismo, vencida por la biología.

La nombramos "Frida Carlota" por la misma razón que usé jeans y Converse: por una necesidad de estructura. No buscábamos aprobación, sino un nombre que se sintiera como una raíz de roble. Estábamos seguros de que su llegada traía una inercia propia, una energía que no nos debía nada a nosotros. Esa fuerza

se tomó su tiempo; Frida habitó el silencio durante sus primeros dos años, apenas soltó veinte palabras. Pero un día el dique se rompió y hoy es un desborde que no se detiene.

Diez años después de su nacimiento, esa misma sangre fluye con una urgencia distinta: la de las preguntas que cortan el aire. Le pregunta a su papá qué viene después de ser niña. Me acorrala a mí con la traición: «¿Qué significa poner los cachos, mamá?». Se lo explico. Entonces me lanza la estocada, quiere saber si a mí me los pusieron alguna vez. Le respondo con un sí honesto, mientras ruego para mis adentros que le baste con el peso de esa palabra, que no pida coordenadas ni detalles del dolor.

Me pregunta por qué nos separamos y le digo la verdad: porque el amor se acabó. Cuando le devuelvo el cuestionamiento, ella me desarma con su lógica de justicia: «Es que a mí no me dijeron». Reclama su derecho a saber, como quien exige el inventario de su propia historia. También pregunta por los cuerpos que sangran y cuánto falta para que la menstruación le llegue a ella.

La miro dibujar ojos de anime con brillos imposibles. Toma el lápiz con la mano izquierda y frunce el ceño mientras le da sombra y drama al papel. Comprendo entonces que mi victoria contra la trombofilia fue darle este tiempo para que aprenda a cuestionarlo todo. Aquellas agujas no solo salvaron su vida, le dieron filo a la jevita.

◆◆◆

CRÓNICA DE UNA JEVA (IV): EL TRABAJO INVISIBLE

Tres horas esperando transporte un domingo bajo el sol de Patanemo. Conmigo, mis dos hijos: una niña de diez años que se aburre rápido, pero que leyó un cuento entero en el trayecto y dibujó en la espera, y un niño de siete, que es autista. Esperar ese tiempo con ellos fue un ejercicio de contención. Cuando por fin logramos subir a la camionetica, la humedad y el cansancio se nos habían pegado a la ropa. El chofer maniobraba el caos mientras los pasajeros íbamos apretujados. En la puerta, los ostreros ofrecían sus tobos de «arrechones» y «vuelve a la vida».

La vía se detuvo en seco. Tres horas parecieron insuficientes, pensé con sarcasmo. Un Focus blanco se había volcado después de la vuelta canela: los frenos no respondieron. El tráfico se paralizó y nos bajamos por el calor. Alrededor del carro apareció la corte de los "expertos": motorizados y mirones, cerveza en mano, dictando sentencia. Casi todos hombres, lanzaban juicios sobre la mujer que manejaba: que si no supo qué hacer, que si a las mujeres les falta "sangre fría". Escucharlos era ver a gente que presume saberlo todo sobre un volante, pero que es probable nunca ha sabido cómo sostener un afecto o criar a un hijo.

Recordé entonces a un hombre que, días atrás, hablando de la película "Mátate, amor" (adaptación de la novela de Ariana Harwicz), dijo que el personaje interpretado por Jennifer

Lawrence era una "loca". La misma ligereza con la que, para elogiar a una mujer, asegura que "trabaja como un hombre".

Esa frase me golpeó allí mismo, en medio del asfalto. ¿Qué significa trabajar como un hombre? Para él: el sudor bajo el sol, la fuerza bruta, es medible en lo que se ve. Lo que no cuenta es la maquinaria de trabajo de los cuidados, que se desdibuja en la ejecución día a día. No ve el desgaste de la madre primeriza, no ve la teta en una demanda infinita, el agotamiento de estar despierta a las tres de la mañana con los pezones agrietados, ni la arquitectura invisible de gestionar una casa entera mientras siente que su identidad se disuelve. Eso es trabajo también, el más invisible.

Esa forma tan ligera es la misma que hace años vi en una pasantía que hice en un geriátrico. Había una anciana que traía el vacío, en su silla de ruedas, de una depresión postparto que quizás en su momento no quisieron entender. El diagnóstico de los «expertos», al igual que los motorizados, fue el mismo: "está loca", y la dejaron volcarse al abismo.

Miré a Sebastián. En medio de los gritos y la tensión de la vía, saludó a uno de los hombres con un: «Hola, amigo», para volver a concentrarse en el libro que le insistí en llevar y que ahora no soltaba. Ese libro fue nuestro "vuelve a la vida" real, su herramienta para mantenerse regulado. Sincronizar su calma con el caos de la espera y el cierre de la vía, fue un trabajo de alta precisión. Uno que no requiere fuerza bruta ni tiene reconocimiento social, pero es el que sostiene su mundo.

La grúa levantó el carro y la fila volvió a moverse. El asfalto siguió caliente, los hombres siguieron opinando y Sebastián pasó la página de su libro como si nada; mi hija Frida había ocupado una hoja con dibujos. Dos gestos mínimos, distintos (no de metal ni de hidráulica, sino de papel y concentración), el verdadero mantenimiento preventivo contra el barranco.

◆◆◆

HE JUGADO A SER MALA

Yo he jugado a ser mala.
Sí, pero como Willie Colón.
Me paro frente al espejo
con cara de jeva malandrita que revira,
y me tomo una foto con mi celular.
Mala en la foto, mala en la calle.
Mala, muy mala.
Hacerlo me gusta.
Es un juego conmigo misma.

Me voy a casa en el autobús, parada.
Apurada, sin esperar otro carro.
Un vestido por encima de la rodilla,
unas botas, una chaqueta verde.
La falda se agita apenas,
la tela traduce lo que le dice la brisa,
que entra tan cerca y acaricia mis piernas.
Mi vestido contiene un escándalo.
El autobús huele a sudor compartido.
Un pasajero silba,
las uñas del chófer curtidas de grasa
y al costado de su asiento
una frase amarilla que se borra:

“Lo mío es punto y aparte…
Tírame pa’lante, calle, pero elegante".

Me agarro del pasamanos.
Reviso el celular.
Una foto de Willie Colón.
El titular dice que falleció.
Busco confirmar.
Sí. Era cierto.
Calló su trombón.

Desde pequeña lo escuché, gracias a mis padres.
Mi mamá, cronista de todo,
me hablaba de Bonaparte, de Miranda,
y también de Willie.
Ella era mi Google.
Me contó los inicios,
la Fania, Héctor Lavoe,
ese disco Siembra con Rubén Blades
que escuché canción por canción.
Su apodo: El Malo del Bronx,
el que nos salvó del silencio.

Un libro de Salsa en mi adolescencia.
Un hombre me confesó:
“Pensaba en ti mientras escuchaba Idilio”.

Hasta la Salsa guarda secretos.

Bailar sus canciones con dos pies izquierdos,
o con algún ex que me seguía los pasos.
Gozarme sola el ritmo en la sala,
en la cocina de mi casa.
Vacilar con Casanova.
Dedicarme Mi sueño.
Cantar en familia, al unísono, El gran varón y el estribillo
/de: "Gitana, gitana, gitana, gitana,
tu pelo, tu pelo, tu cara, tu cara...
Sé que nunca fuiste mía, ni lo has sido, ni lo eres,
Pero de mi corazón, un pedacito tú tienes".

Yo no sabía que quería que Willie Colón fuera inmortal,
como mi mamá.
Aún no lo puedo creer.
O no quiero.
Y dice: "Todo tiene su final
Nada dura para siempre
Tenemos que recordar
Que no existe eternidad".

◆◆◆

Índice

Prólogo 5
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: Sol Linares 9
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: Han Kang 12
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: Laura Antillano 15
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: Teresa de la Parra 18
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: La casa 21
No soy intelectual, vengo a escribir
de amor: Los diablos de Ida Gramcko 25
No soy intelectual, vengo a escribir de amor: Arnaldo Jiménez 30
No soy intelectual, vengo a escribir
de amor: José Carlos de Nóbrega 34
Caminar desnuda 37
El placer como resistencia: el cuerpo
que escribe no es un cuerpo disponible 40
Rituales mínimos 43
Cuidar sin descanso no es ternura, es desgaste 45
El celo no se traduce: registros mínimos 49
Escribo lo que no puedo decir en voz alta 52
Notas sueltas de jeva 57
Cuerpo en tránsito: coreografías del asco 60
El territorio de la tiza y el recuerdo 63
Crónica de una jeva (I) 67
Gritar en presente continuo 71
¡Marhisela con H!… 75
Mi soundtrack: De carajita a Diva 79

Crónica de una jeva (II): La insoportable levedad de las cucarachas...81
José Ron: Ochenta años de régimen y cortavenas 85
Crónica de una jeva (III): Diez años de sangre y filo.....89
Crónica de una jeva (IV): El trabajo invisible.....92
He jugado a ser mala.....95



Marhisela Ron León (Puerto Cabello, 1983): Poeta, cronista, licenciada en Enfermería por la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada.

Ha realizado Talleres de poesía a través del Instituto Municipal de Cultura de Puerto Cabello; también de escritura creativa con Nanda Nieves, y de narrativa en Corrección Perpetuum, Escuela de Escritores de Caracas. Ha publicado dos poemarios: Íntimo (2010) y Bonus (2022).

Desde la orilla, columna de aparición semanal que Marhisela comenzó a escribir para ciudadvalencia.com.ve a partir de febrero de 2025, se ha constituido en un recuento de lo personal, del día a día con sus gratitudes e ingratitudes, de sus hijos sensibles al arte, de los recuerdos de familia, de sus afectos nacidos en aquella casa donde se vivieron tantas cosas, de la música que aprendió a gustar con madre, padre y hermanas, y de ciertos libros de los que habla con una pasión que sobrepasa cualquier erudición, pero que es la lectura con la que puede soñar cualquier escritor, cualquier escritora (de esas que se parecen tanto a ella en su plante irreverente).

Son crónicas también de una mujer que es cercana al mar y "al monte", donde tiene conversas gratas con gente mayor, con señoras y señores que viven entre sus siembras, sus peroles y sus artesanías, y quienes la invitan a tomarse un guarapo y a comerse un dulce criollo que solo se encuentra por esos mundos; y son en definitiva las confesiones de la mujer que es y que ha sido en compañía, pero también a solas, con sus sinsabores y con sus desahogos, de los que no tiene empacho en hablar, y que ciertamente la acercan a tantos y a tantas, quienes sin duda se sienten partícipes de esta como pequeña novela que Marhisela ha ido moldeando en breves capítulos desde la orilla y tantas partes…

9 789808 168006

9 789808 168068